

LA ESENCIA DEL AMOR HUMANO

Tomás Melendo Granados
Gabriel Martí Andrés

LA ESENCIA DEL AMOR HUMANO

(MATERIALES DOCENTES DE EDUFAMILIA)

Tomás Melendo Granados
Gabriel Martí Andrés

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

I. QUERER EL BIEN PARA OTRO

1. Querer	9
1.1. La voluntad... y más	9
1.2. Querer-querer	12
2. Querer «el bien»	15
2.1. Enseñar y facilitar el amor	15
2.2. La brújula de todo acto educativo.....	17
3. Querer el bien para otro... «en cuanto otro».....	18

II. CORROBORAR EN EL SER

1. Que exista	22
1.1. Decir que sí.....	22
1.2. Y decirlo de manera absoluta	24
2. Comprobación positiva.....	25
2.1. «Quando m'imnamoro...»	26
2.2. Los defectos del cónyuge.....	27
2.3. Nuestra propia mejora	29
3. Comprobación negativa	30
3.1. Amar es decir: «no morirás».....	30
3.2. Una «fractura» en el ser	32

III. DESEOS DE PLENITUD

1. La aspiración esencial del amor.....	37
1.1. Querer a alguien es siempre querer-que-mejore	37
1.2. Ser, para el hombre, es vivir y perfeccionarse	38
2. ¿Es el amor ciego?	39
2.1. Descubrir la actual riqueza interior del amado	39
2.2. Y entrever la futura	40
3. Las amables exigencias del cariño.....	44
3.1. Avivar el proceso de mejora.....	44
3.2. Con manifestaciones muy concretas	46
3.3. Y el esfuerzo de la propia entrega	48

IV. ENTREGA

1. Donación personal y gratuita	51
1.1. «Tú, solo tú»	51
1.2. El sentido del regalo	52

2. La inclinación personal a darse.....	54
2.1. El hombre, un ser para el amor... y la felicidad	54
2.2. La fecundidad característica de la persona.....	56
2.3. La absoluta prioridad del otro	58
3. Fecundidad... de por vida.....	59

Asociación Edufamiliaria

INTRODUCCIÓN

«Engañarse respecto al amor es la pérdida más espantosa, es una pérdida eterna, para la que no existe compensación ni en el tiempo ni en la eternidad»: la privación más horrorosa, *que no puede resarcirse* ni en esta vida... ¡ni en la futura!

Estas palabras de Kierkegaard, redactadas ya hace más de siglo y medio, no han perdido hoy nada de su vigencia; al contrario, resultan más actuales, cercanas y sugerentes que cuando fueron escritas.

Estado actual

Pues en la actualidad no solo sobreabundan los engaños y fracasos en el amor: incapacidad de compromiso, infidelidades o falta de lealtad entre esposos, novios, amigos, colegas, vecinos, compañeros, profesionales de muy distinto tipo...; indiferencia, mutuo soportarse, divorcios, separaciones...; abandono de los abuelos en lugares donde «se les cuidará mejor que en la familia», despego y desatención de los hijos hacia los padres y viceversa, y de los hermanos entre sí...

Sino que, además, y esto resulta más determinante, en nuestros días parece haberse perdido *el sentido mismo* del amor, lo que significa en su acepción más alta.

¡No sabemos lo que es amar!

El propio término ha sido prostituido. Hoy, aquello que se designa con el vocablo «amor» tiene a menudo como punto de referencia (y esto en los casos en que *no* puede hablarse de auténtica perversión):

①. Una suerte de sentimentalismo difuso y blando, incapaz de colmar siquiera las nobles ansias de un adolescente.

②. O la pura biología, el trato meramente físico, como en la envilecida y desgraciada frase de «hacer el amor», tan lejana de su significado primitivo de conquistar a una persona o hacerle noblemente la corte, o del maravilloso y más profundo sentido de edificar juntos y a diario —por ejemplo, en el matrimonio— el amor de toda una vida.

En busca de soluciones

Semejante olvido de lo que el amor lleva consigo compone sin duda uno de los males más de fondo de nuestra cultura.

Por eso, si aspiramos a construir la civilización del amor a la que nos impelen desde hace lustros las instancias más autorizadas, hemos de empezar por elevar la categoría humana del conjunto de la sociedad, *aprendiendo* nosotros mismos y cada uno de los restantes miembros, en la teoría y en la práctica, *lo que significa amar*.

Todos habremos de tener claro que, lejos de difuminarse en esos efluvios sentimentaloides a los que antes me refería, lejos de consistir tan solo en una función de pura fisiología o incluso de mera «química» (que sin duda intervienen a menudo en lo que hoy viene llamándose relación «de pareja»), lejos de reducirse a un mero estímulo para el placer o la autorrealización egocéntrica, en una suerte de «egoísmo a dos» aparentemente compartido, el amor está esencial (aunque no exclusivamente) constituido por un acto de la voluntad, recio y estable, que pone en fecunda tensión a la persona entera y gracias al cual se descubre, elige, persigue y realiza el bien del ser querido.

El amor está esencialmente constituido por un acto de la voluntad,
que descubre, elige y procura el bien al ser amado

I. QUERER EL BIEN PARA OTRO

Para iniciar el esclarecimiento del asombroso misterio del amor acudiré a la escueta descripción que Aristóteles estampó en su *Retórica*. Nos dice allí el filósofo griego que amar es «*querer el bien para otro en cuanto otro*».

Tres elementos compondrían, pues, la realidad que andamos buscando:

- ◉ Querer
- ◉ El bien
- ◉ Para otro (en cuanto otro).

Un ligero comentario de cada uno de estos componentes nos situará en la vía adecuada para empezar a penetrar en la naturaleza del amor.

1. QUERER

1.1. La voluntad... y más

①. Cuando Aristóteles describe el amor como «querer» está intentando dejar claro que el nervio o columna vertebral de la actividad amorosa se asienta en la voluntad.

Nosotros sabemos que el amor no se agota ahí. Que, en sentido fuerte y hondo, *se ama con toda nuestra persona*.

- ◆ Desde los actos más trascendentales, como la oración y el sacrificio por el ser querido o el diseño conjunto y progresivo de lo que va a ser un proyecto de vida conyugal y familiar, y, en fin de cuentas, la entrega mutua e irreversible con vistas a ese objetivo;

- ◆ pasando por los sentimientos, afectos y emociones en los que resuena y se exterioriza nuestro cariño;
- ◆ hasta las acciones más menudas y en apariencia intrascendentes, como el empeño por mostrarse elegantes y atractivos (él y ella), el esfuerzo de la sonrisa obsequiosa, la caricia o la mirada de cariño aun en los momentos de cansancio o nerviosismo o desaliento, o los pequeños detalles que hacen más jugosos y entrañables el retorno y descanso en el hogar, iluminan la vida cotidiana con destellos fulgurantes de entrega, encarnan y dan vida a la íntima y escondida dedicación de los padres a cada hijo o de los hermanos, amigos y colegas entre sí.

Amamos con *todo* lo que somos, sabemos, sentimos, podemos, hacemos, tenemos y anhelamos. Absolutamente con todo. En semejante sentido, amar consiste en volcar *nuestro entero ser* en apoyo y elevación o promoción del ser querido.

Amamos con *todo* lo que somos, sabemos, sentimos, podemos, hacemos, tenemos y anhelamos. Absolutamente con todo. En semejante sentido, amar consiste en volcar *nuestro entero ser* en apoyo y elevación o promoción del ser querido.

Pero, siendo tal y tan inabarcable la amplitud del amor, no es menos cierto que ese repertorio cuasi infinito de actividades —la palabra o el silencio comprensivos, el trabajo arriscado o la generosa disponibilidad hacia los hijos, amigos o compañeros de trabajo cuando andamos muy escasos de tiempo, la puesta a punto de la propia imagen o la de la casa, con minucias a menudo casi desapercibidas pero siempre indispensables...— solo se transforma en amor cabal, sincero y probado en la medida en que todas ellas se encuentran pilotadas y como sumergidas en una operación de la voluntad (el querer) que, como veremos con detenimiento, busca de manera noble, franca y resuelta el bien de la persona a quien se estima.

(En las circunstancias actuales, considero de suma importancia mantener el equilibrio entre dos posturas que, absolutizadas y sin el contrapeso de la otra, darían origen a graves errores teóricos y prácticos:

- a) Por una parte, es la persona íntegra quien se encuentra plenamente implicada en cualquier acto de amor verdadero... cuyo término será siempre otra persona. El amor es una realidad inter-personal, en el sentido más amplio y fuerte de esta expresión;
- b) Por otra, el motor, la raíz y el fundamento del amor auténtico es siempre un acto de la voluntad, dirigido en fin de cuentas a lo más noble que existe —otra persona—, para proporcionarle un bien que efectivamente lo sea (y, por tanto, la mejor).

Como leemos en Juan Pablo II, «en el obrar humano, las diversas facultades espirituales tienden a la síntesis [primer aspecto]. En esta síntesis, la voluntad hace de guía [segundo]».)

②. Amar, querer. Se trata de palabras y realidades clave. Pues el amor no se identifica con esos «me gusta», «me atrae», «me apetece», «me interesa», «me apasiona», etcétera, con los que tantos de nuestros contemporáneos, jóvenes y no tan jóvenes, pretenden justificar su comportamiento, y que en fin de cuentas, si se los considera aislados y se los absolutiza, resultan *más propios de los animales que del hombre*.

Los animales se mueven, efectivamente, por atracción-repulsión, por instintos; buscan el bien-para-sí: *su* bien, angosto, puntiforme y exclusivo, de una manera cuasi automática, que refleja mediante el gusto o el rechazo el hecho de que aquello de que se trata les es por naturaleza (a ellos o a su especie en cuanto suya) beneficioso o dañino para su supervivencia.

Magis aguntur quam agunt, explicaba el viejo Tomás de Aquino: más que moverse, son movidos; más que hacer, son hechos hacer. El hombre no. El hombre trasciende las simples necesidades biológicas, y es capaz de realizar acciones que no resultan en absoluto explicables desde el punto de vista de su propia conservación biológica.

El hombre, por expresarlo de algún modo, puede poner entre paréntesis sus instintos (mejor sería decir sus tendencias), y querer y realizar una acción *en sí misma buena*, por más que a él no le atraiga, le apetezca ni le interese... e incluso le desagrade y repugne y reporte un cierto daño físico o psíquico; o, al contrario, no quererla ni llevarla a cabo aunque se esté muriendo de ganas por realizarla, si advierte que ese acto no contribuye al bien de los otros (le mueve el *bien-en-sí*).

Uno de los hechos que mejor pone de manifiesto la superioridad de la persona humana sobre los animales —distancia *infinitamente infinita*, según Pascal— es que, dejando aparte sus gustos y apetencias cuando las circunstancias lo exijan, puede conjugar en primera persona el *yo quiero* (lo que *en sí mismo* es bueno) o, en su caso, el *no quiero* (lo malo en cuanto tal), dotado a veces de mucha mayor envidia antropológica y ética.

El hombre, dejando aparte sus gustos y apetencias, puede conjugar en primera persona el *yo quiero* (lo que *en sí mismo* es bueno) o, el *no quiero* (lo malo en cuanto tal), dotado a veces de mucha mayor envidia antropológica y ética.

Así lo expone Marías, en contraposición al modo actualmente más habitual de concebir el amor:

Quando niego que el amor sea un sentimiento, lo que me parece un grave error, quizá el más difundido, no niego la importancia enorme de los sentimientos, incluso de los

amorosos, que acompañan al amor y son algo así como el séquito de su realidad misma, que acontece en niveles más hondos»: los de la voluntad.

También lo ha explicado ampliamente, con matices que ahora no puedo recoger, San Josemaría Escrivá. Me limito a citar uno de sus textos más significativos.

En él, tras dejar claro que «no se confunde con una postura sentimental», se pregunta directamente en qué consiste el amor humano. Y responde: «La Sagrada Escritura habla de *dilectio*, para que se entienda bien que no se refiere solo al afecto sensible. Expresa más bien una determinación firme de la voluntad. *Dilectio* deriva de *electio*, de elegir. Yo añadiría que amar en cristiano significa querer-querer...».

1.2. Querer-querer

Podría hablarse, comentando sucintamente lo expuesto, de un escalonamiento en tres pasos que delimitan la sustancia más pura —¡no el «todo»!— del amor.

①. El primero, negar que se trate de un simple sentimiento, de un afecto sensible o de un racimo de ellos, aunque en ningún caso tenga por qué excluirlos... sino más bien al contrario: el amor humano nunca es pleno cuando al acto de voluntad no lo acompañan y completan los sentimientos adecuados.

(Por eso, en su momento dedicaré una muy particular atención al papel de la afectividad en el surgimiento y maduración del amor y en el conjunto de la vida humana.)

②. A continuación, resaltar su carácter propia y eminentemente activo, calificándolo como *firme determinación de la voluntad* (e incluso, enseguida lo veremos, como firme *auto-determinación* de la misma).

③. Por fin, potenciar esa índole activa mediante la que en ocasiones he llamado la mayor prerrogativa del ser humano desde el punto de vista operativo: la *reflexividad* de la voluntad, el «querer-querer», capaz de liberar energías volitivas prácticamente infinitas.

(Un comentario somero, que resume lo que he expuesto otras veces, puede ayudar a hacernos cargo mínimamente del significado y alcance de ese *querer-querer*.)

En el lenguaje filosófico y en este contexto concreto, el término *reflexividad* indica la capacidad que tienen ciertas facultades de «volver sobre sí», sobre el acto y operación que ellas mismas ejercen.

Esto no es posible, por ejemplo, a ninguno de los sentidos. El ojo, por poner un caso muy claro, posee la capacidad de ver, pero no puede «volver» sobre su propio acto y «ver que está viendo». Ciertamente, nosotros lo sabemos, pero no a través de la vista, dirigida de manera exclusiva hacia los colores, e incapaz, como he apuntado, de «ver» el acto con que está viendo.

No sucede así con la inteligencia, precisamente porque es una facultad de mucho mayor rango, situada en los dominios del espíritu, sin ningún apoyo orgánico propio

e inmediato. Los seres humanos, cuando conocemos algo mediante el entendimiento, no solo lo comprendemos, sino que «sabemos», de manera simultánea y gracias al propio entendimiento, que lo estamos comprendiendo (o, en su caso, que lo vislumbramos más o menos... o que no lo entendemos en absoluto).

La reflexividad del entendimiento, cuyo acto propio es conocer, podría caracterizarse, por tanto, como un saber que sabe. La de la voluntad es análoga: semejante y diferente al mismo tiempo... porque semejantes y diferentes son el saber y el querer. No consiste, entonces, en saber que quiero, pues eso es obra del entendimiento, sino justo en querer-querer.

Pero el querer es una operación con unas características muy peculiares, como también la facultad de la que el querer surge, conocida —según acabo de recordar— como voluntad. Ésta, entre todas las facultades del ser humano, es la única que se moviliza a sí misma (de ahí que antes hablara de *auto*-determinación) y es capaz de mover a buena parte de las restantes. Por eso, al volver sobre su acto cuando este es insuficiente para el fin que pretende —amar, pongo por caso, al propio cónyuge en un cierto momento de crisis o incrementar ese cariño en las etapas de mayor exaltación—, lo refuerza e incrementa y, normalmente poniendo en juego también otros resortes —la recreación de los buenos ratos pasados juntos, la atención a los aspectos más agradables de la persona que en otro tiempo quisimos locamente y hoy solo de una manera relativa o que se nos antoja todavía no suficiente, la forja de proyectos comunes aún inéditos...—, acaba por obtener el objetivo propuesto, engrandeciendo la fuerza y calidad de su amor.

Mas no todo acaba ahí. La posibilidad de reduplicación del querer no es solo una: cabe también querer-querer-querer, y querer-querer-querer-querer... y así hasta alcanzar la meta deseada.

No sólo es posible querer y querer-querer, sino también
querer-querer-querer y querer-querer-querer-querete...
potenciando así el vigor de la voluntad

El gran privilegio

De ahí que la «reflexividad» de la voluntad, cuyo significado confío haber esclarecido al menos mínimamente, puede concebirse como el «arma» de mayor alcance, el gran privilegio de que goza la persona humana.

En el texto, que me he limitado casi a transcribir, no puede pasarse por alto que el *querer-querer* resulte calificado como el modo de amar en cristiano. Entre las muchas interpretaciones, y con clara conciencia de quedarme corto, aventuro dos, en absoluto incompatibles:

a) ese «querer-querer» —el autor ha hablado en otras ocasiones, con lenguaje más figurado y a la par más plástico y expresivo, de «deseos de tener deseos»— manifiesta por un lado la absoluta incapacidad de la criatura de amar

como es debido, sobre todo tras el pecado original, y llama por eso en su auxilio al Dios que todo lo puede;

b) simultáneamente, con relación al ámbito natural, la elevación al orden de la gracia multiplica el vigor y la facilidad de obrar de la voluntad... en el modo que a esta le es más propio: incrementando o poniendo en juego su capacidad de reflexión: el querer-querer.

Un querer-querer —la puntualización es importante, aunque resulte un tanto elevada y tal vez, de momento, no del todo inteligible— que, como el querer mismo en cuanto acto primario de la voluntad (¡el amor!), no forzosamente va acompañado por un esfuerzo titánico ni tiene nada que ver con el *voluntarismo* o con el kantiano *deber por el deber*.

Lo esencial del amor-querer es justo la libertad con que realizo la *electio*, el carácter eminentemente activo y libre de esa operación. Mas, en tantas ocasiones, esa *elección* sigue —en los dominios de la libertad— la *natural* tendencia de la voluntad hacia el bien.

Cuando yo amo a mi mujer, a mis hijos o a Dios, de ordinario no necesito en absoluto *esforzarme* para hacerlo, sino todo lo contrario. Y cuando quiero quererlos todavía más —y más y más—, eso no me supone por lo común una especial tensión: el amor que ya les tengo me *anima* o *impulsa* a quererlos más aún: y para ello puedo acudir a ese resorte maravilloso que es el querer-querer.

(Lo confirman estas convicciones de un eminente psiquiatra con muchos años de ejercicio profesional. Aunque la cita excede con abundancia lo que pretendo mostrar, constituyen un magnífico compendio del fondo de todo el escrito. Para el extremo particular que ahora trato, resultan especialmente reveladoras las palabras que he resaltado en negrita:

«La vida conyugal está fundada en el *amor*. El amor es lo unitivo y lo que profunda y terminalmente identifica con el otro, en cuanto que el sujeto que ama se funde con el sujeto amado. El amor hace del amado un *alter ego*, hace de mí otro tú, me hace vivir su vida. El amor implica una conformación del amante con el amado. *El amor mueve al amante a actuar según las exigencias del amado y, por ello, le produce deleite* [¡lo contrario del esfuerzo penoso!]. *todo lo que hace o sufre por el amado*. Se entiende así que sea por el amor como la vida conyugal recibe su cualificación definitiva. Según como sea el amor, el matrimonio se realiza en su plenitud existencial o se desnaturaliza: la disyuntiva, la crisis, depende de la cualidad y de la intensidad del amor. La crisis deviene en ruptura si se desnaturaliza la esencia del amor, si no se ama, si no se quiere amar o si libremente se comprime sobre sí mismo la capacidad de amar; si se produce el vacío existencial del desamor querido, tal como he definido *la soledad*, y que se experimenta psíquicamente como vacío, inanidad, impotencia, carencia de sentido, desolación: la desolación de un yo errabundo, de un yo relativo sin referencia alguna, de un yo insustancial, que puede originar diversos estados psicopatológicos».)

Amar: querer, querer-querer, querer-querer querer..., por tanto. Y es que el hombre rebasa infinitamente al animal justo mediante el querer con que, suscitándolos, reforzándolos o contrariándolos, según convenga, supera y excede los meros deseos, pasiones y afectos.

Querer es, pues, un acto exquisitamente humano, tal vez *el más humano* que quepa llevar a término.

Querer es un acto exquisitamente humano,
tal vez *el más humano* que quepa llevar a término

Es un acto libre y, por tanto, inteligente: sapientísimo; decidido, rompedor y vibrante, fuente de iniciativas creadoras y por eso liberador y sorprendente y en ocasiones apabullante, muchas veces esforzado, y siempre desprendido, generoso, altruista, liberal...: una auténtica «locura» para quienes no alcanzan a ver más que en dos dimensiones y se encuentran irremediabilmente pegados al suelo, con las alas inutilizadas por la ausencia de ideales.

2. QUERER «EL BIEN»

2.1. Enseñar y facilitar el amor

①. Así expresado, parecería que este segundo momento es el más evidente y el que menos problemas teóricos, e incluso prácticos, plantea: nadie dudaría en principio de que una madre o un padre de familia normales quieren lo mejor para sus hijos. No obstante, en concreto, cuando tales padres intentan determinar lo que conviene a ese chico en unas circunstancias particulares, la solución se torna ya más complicada. ¿Qué es realmente lo bueno, en este caso, para él? Muy pronto estudiaremos con detenimiento la cuestión. Apunto por ahora dos requisitos concatenados en la búsqueda y oferta del auténtico bien.

- ◆ En primer término, que semejante bien lo sea para la persona a quien se le brinda: y no, a través de un autoengaño más o menos consciente y hoy bastante difundido, para el padre o la madre de nuestro ejemplo, que, más que favorecer al muchacho, persiguen en realidad que los deje en paz, evitar un enfrentamiento, ahorrarse un disgusto, proyectar su propia vida sobre el chico y así «lograr lo que ellos no lograron», o beneficios por el estilo.
- ◆ En segundo lugar, y casi como corolario y concreción del precedente, lo que se exige a la hora de querer a alguien es que el bien que se le ofrece resulte un bien real, objetivo: es decir, algo que lo mejore, que haga del ser amado una persona más cabal, más cumplida, más plena y enteriza; algo que lo acerque, de una u otra manera, a su destino terminal de amor en los demás y en Dios.

(Es la distinción que vengo apuntando entre lo bueno en sí —llamado asimismo bien *digno* u *honesto*— y el mero bien *aparente*, porque sin serlo en realidad en la acepción más honda de lo bueno, procura una utilidad o un placer.)

Por tanto, en última y definitiva instancia, lo que debe procurarse para aquel a quien se ama es que: a través y por medio de nuestras intervenciones y dádivas —entre las que ocupa un puesto principal el ejercicio del propio entendimiento para conocerlo a fondo y descubrir lo que más le conviene—, aprenda a querer de manera más sincera, profunda, intensa y eficaz.

Lo que debe procurarse para aquel a quien se ama es que aprenda a querer de manera más sincera, profunda, intensa y eficaz.

Se establece así una suerte de «círculo virtuoso», merced al cual, cuando alguien quiere de verdad a otra persona, lo que tiene que procurar por todos los medios es que ésta, a su vez, vaya queriendo más y mejor.

②. De entrada, podría resultar extraño o incluso contradictorio; pero curiosamente y en fin de cuentas, *amar equivale a enseñar a amar y*—añado ahora— *a facilitar el amor.*

Por eso, el mejor modo de querer al propio marido o a la propia esposa es ser uno muy *amable*, en el sentido más certero y penetrante de esta palabra: o, lo que es lo mismo, *hacerse y dejarse querer*. Eliminar cuanto obstaculice el amor del otro cónyuge. Tornar sencillo y agradable el que me ame. Permitir que me ayude y anime. Recibir sin trabas su cariño, no poner barreras que impidan que su entrega, sus definitivos deseos de unirse a mí, alcancen su meta.

Por ejemplo, a la hora de la reconciliación después de una pequeña trifulca, no enquistarse en la propia posición, sino salir abiertamente al encuentro del otro, mostrarse accesible y dispuesto a que deposite en uno su afecto, y corresponder con la misma delicadeza... o, mejor, adelantarse, pidiendo perdón.

(Sobre el perdón, al que me he atrevido a calificar como «un seguro de vida para el matrimonio», hablaremos más adelante).

E igual en las condiciones más normales del trato cotidiano con el cónyuge y entre los restantes componentes de la familia y demás amigos y conocidos.

En todas esas circunstancias, facilitamos el amor cuando nos mostramos francos, disponibles y cercanos: lo cual suele equivaler, en positivo, a estar pendiente del otro; o, lo que es casi lo mismo, a no resultar hoscos, esquivos, distantes... por encontrarnos encerrados en los propios problemas y ocupaciones o enrocados en los presuntos y orgullosos derechos del yo: en «lo mío... en cuanto mío».

De manera un tanto negativa, y con el dramatismo y el leve toque de cursilería tan de su estilo, lo afirmó Bécquer:

«Asomaba a sus ojos una lágrima / y a mi labio una frase de perdón; / habló el orgullo y enjugó su llanto, / y la frase en mis labios expiró. // Yo voy por un camino, ella por otro; / pero al pensar en nuestro mutuo amor, / yo digo aún: "¿Por qué callé aquel día?", / y ella dirá: "¿Por qué no lloré yo?"».

Y de forma más animante, con palabras a primera vista algo complicadas, pero muy sugerentes en cuanto se lean con detenimiento, lo expone Jean Guilton:

«Lo que el amor tiene de admirable es que el servicio que nos hacemos nosotros mismos al amar, se lo hacemos también al otro amándolo; más aún, se lo hacemos por segunda vez dejándonos amar».

2.2. La brújula de todo acto educativo

Facilitar el amor como modo sublime y supremo de amar: he aquí una conclusión verdaderamente reveladora.

A la que cabe añadir otra, de no menos relieve, afirmando sin peligro y sin temor a ser declarados ingenuos que *el fin de toda educación* consiste:

- ◆ en *enseñar a querer* a la persona a la que se forma;
- ◆ en hacer de ella alguien más enérgica y decididamente interesado por *el bien de los demás* que por el suyo propio (aun cuando sean muchos los que hoy califiquen esta actitud de cándida, bobalicona, irresponsable o incluso como necesariamente abocada al fracaso).

El fin de toda educación consiste
en *enseñar a querer* a la persona a la que se forma.

Por eso, en cada circunstancia educativa o de orientación, a la hora de tomar o insinuar una decisión más o menos complicada, la pregunta que debe hacerse el educador será siempre: «esto que le sugiero o prohíbo, el modo como lo hago, el grado de libertad que le concedo para oponerse a mi opinión o, al menos, manifestar la suya..., ¿propiciará que esa persona quiera más y mejor a los otros, o, por el contrario, la incitará a encerrarse en sí misma, en su bien abreviado y egoísta?».

La respuesta a estos interrogantes —que nunca podrá alcanzarse sin una intervención perspicaz y comprometida de todos los recursos de nuestro conocimiento teórico y de nuestra experiencia de vida— indicará, la práctica totalidad de las veces, cuál ha de ser el tenor de nuestras intervenciones.

Unos padres, pongo por caso, pueden albergar serias dudas sobre la conveniencia de enviar o no a la hija adolescente a Inglaterra o a Estados Unidos para que perfeccione sus conocimientos de inglés. Los anima, por un lado, la imperiosa necesidad, hoy día, de conocer este idioma. Pero temen los peligros de soledad, de desadaptación y desorientación incluso notables que una estancia fuera de casa podría provocar, y más a esas edades.

Mas, aunque lo que acabo de mencionar pueda también tener sus efectos positivos de maduración, la cuestión decisiva es otra.

Por un lado, superando ciertos tics y prejuicios impuestos subrepticamente en nuestros tiempos, deben tener muy claro que casi cualquier idioma extranjero puede hoy aprenderse en el propio territorio, sin necesidad de trasladarse a alguno de los que hablan esa lengua; y que el hecho de visitar el país nativo, moda casi irresistible, no asegura sin más ese aprendizaje, sobre todo a determinadas edades y en determinados ambientes, en los que el chico o la chica acaba rodeándose justamente... de amigos de su propia tierra.

Por otro y más esencial, han de formularse el interrogante clave: en la situación anímica y de madurez en que se encuentran mi hijo o mi hija, la estancia por un cierto tiempo en el extranjero ¿los ayudará a sazonar, a crecer en su capacidad de amar, o, por el contrario, puede introducir en su desarrollo una contrahechura que retrase en muchos años su adelantamiento como persona?

Es esa la pregunta del millón, y la que los padres, acudiendo a todos los resortes de su propia inteligencia acrecentados por el cariño, y pidiendo consejo a quienes sepan sensatos y expertos en el asunto, deben resolver antes de tomar una decisión al respecto.

(He elegido este supuesto precisamente porque la respuesta no se encuentra en absoluto dada de antemano y las opiniones se dividirán con toda probabilidad, defendiendo cada cual la suya con ahínco y convicción. Así queda más claro que, en situaciones de este estilo, lo decisivo no es tanto lo que se hace, sino el motivo de fondo que impulsa a obrar así y las repercusiones que semejante conducta lleva consigo).

3. QUERER EL BIEN PARA OTRO... «EN CUANTO OTRO»

En esta reduplicación, «en cuanto otro», reposa la clave del genuino amor. En efecto, amar, en su concepción más preclara y certera, es *perseguir el bien del otro no por mí, sino por él.*

Amar es perseguir el bien del otro no por mí, sino por él.

Esto es:

- ◆ No por el beneficio más o menos material que esa amistad pudiera proporcionarme: desde el cierre ventajoso de un negocio o una subida en el escalafón hasta el introducirme en un ámbito social que favorece mi propio progreso o la oportunidad de conseguir para un hijo o un conocido un buen puesto de trabajo...
- ◆ Ni tampoco por la satisfacción, de armónicos sabrosísimos y hoy tal vez poco experimentados, que el trato con los auténticos amigos reporta.
- ◆ Ni siquiera porque así y solo así, aquilatando la calidad de mis amores, me torno yo mejor persona, acrisolo mi propia calidad humana y me acerco a la perfección y dicha...

(¡Ni siquiera por eso!... que no debe rechazarse, pues resultaría inhumano, pero tampoco proponerlo como fin expreso y primordial, como en ocasiones hacen ciertos adolescentes llenos de la mejor voluntad —«voy a tratar mejor a mis amigos para así ser yo mejor»— y también algunas personas adultas con un concepto bastante equivocado del propio perfeccionamiento o incluso de la santidad).

- Sino únicamente por él, por aquel a quien se quiere, y por una razón muy clara: porque es persona y, solo por tal motivo, merecedora de amor; o, si se prefiere, pues viene a ser lo mismo, porque Dios lo ha destinado a mantener con Él un coloquio de afecto apasionado por toda la eternidad, entregándole, justo a través del amor recíproco e inteligente, el más inmenso de los Bienes: Él mismo.

¿Y quién soy yo para enmendar la plana al propio Dios?

AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- En este primer capítulo hemos hablado mucho del querer y de la voluntad. Pero ¿qué papel juega la inteligencia en el amor, si es que piensas que tiene alguno? ¿Y en el querer-querer?

- Si la raíz y el fundamento del amor auténtico es *siempre* un acto de la voluntad, ¿es correcto decir que la que ama propiamente es la voluntad? Justifica tu respuesta.

- En estas páginas hemos hablado de sentimientos, de afectos y de emociones. ¿Has entendido suficientemente qué son? ¿Podrías explicar con tus propias palabras en qué se diferencian los sentimientos, los afectos y la emociones? ¿Sabrías poner algún ejemplo de sentimiento, de afecto y de emoción? Si tus respuestas a estas preguntas no son muy completas, no te preocupes; es algo sobre lo que volveremos más adelante. No obstante, interesa que empieces a manejar estas nociones.

- ¿Has entendido en qué consiste la reflexividad en la voluntad? En el texto has podido encontrar algunas formas de querer-querer, pero ¿podrías poner algunos otros ejemplos y explicar en ellos dónde está la reflexividad?

- Según hemos visto, tres elementos integran la naturaleza del amor. Después de leer estas páginas, y atendiendo sobre todo al modo en que *en la práctica*, cabe distinguir el amor verdadero y el solo aparente, ¿en cuál de ellos pondrías el acento? ¿Cuál de estos componentes marca la diferencia estricta entre el amor y otros deseos, tendencias, afectos...? Explica tu respuesta.

II. CORROBORAR EN EL SER

Sugería antes que el núcleo de este escrito consistiría en esclarecer la siguiente pregunta: ¿cuál debe ser el bien querido y perseguido para aquel a quien amo?, ¿cómo se concreta, en definitiva, el amor al otro, a los demás?

A la hora de iniciar una respuesta, dos caminos se abren ante nosotros: el del análisis y el de la síntesis.

El análisis

Si nos introducimos por el primero, el de la descripción fotográfica y pormenorizada de los beneficios que hemos de proporcionar a los seres queridos, el sendero se tornará infinito; pues, en efecto, para las personas que estimo, y en la medida en que estén a mi alcance, debo procurar *todos* los bienes que les aprovechen. Aunque con una condición, ya mencionada: que se trate de ayudas reales, objetivas, capaces de perfeccionar de veras a aquellos a quienes las entrego.

Pero, entonces, nuestra tarea deviene inacabable: el número de esos bienes no tiene límite. Pues, ¿por qué razón habría yo de abstenerme de facilitar una ventaja a mi mujer, a mis hijos, a mis amigos más íntimos, a mis vecinos, incluso a mis simples conocidos... siempre que ese apoyo esté en mi mano y contribuya de alguna manera a su mejora o perfeccionamiento? ¿No hemos visto en otras ocasiones que *hacer el bien* (aprobarlo y promoverlo) es una de las exigencias que la realidad misma —en particular, las personas— imponen al ser humano?

De suerte, como decía, que embocar esta vereda nos introduce en un callejón, no sin salida, sino sin término. En lo que los clásicos llamaban una aporía.

Una posible síntesis

Probemos, pues, la otra vía, la de la síntesis. Y, entonces, la cuestión se simplifica. Podremos afirmar que todos los bienes del ser querido se reducen, en fin de cuentas, a dos:

- ◆ Que esa persona sea, que exista.
- ◆ Y que sea buena, que vaya alcanzando su plenitud como persona, su perfección (y, con ella, lo que hoy llamamos felicidad o dicha).

Si lo pensamos despacio, *todo* lo que de auténticamente beneficioso podríamos anhelar para alguien se engloba en estos dos propósitos capitales: *ser* y ser *bueno* (y cuanto contribuya a alcanzar esos objetivos, en la misma medida en que lo haga).

El bien para la persona amada se engloba
en estos dos propósitos capitales: *ser* y ser *bueno*

1. QUE EXISTA

1.1. Decir que sí

①. Como ya he apuntado, amar a una persona es, en su substancia más íntima, confirmarla, decirle que sí, no tanto con palabras —aunque en ocasiones debamos también hacerlo—, cuanto con la vida entera.

Amar es apuntalar *con todo nuestro ser*—entendimiento, voluntad, afectividad, actitudes, habilidades, posesiones, capacidad de entrega y servicio...— *el ser de la persona a la que queremos*.

- ◆ derramar, volcar cuanto somos, sentimos, podemos, anhelamos, tenemos e incluso deseamos remotamente conseguir, *en apoyo de quien amamos*,
- ◆ con el fin de que éste se despliegue y desarrolle hasta su culmen perfecto.

Amar es apuntalar con todo nuestro ser el ser de la persona a la que
queremos:

La cuestión viene de antiguo, al menos desde la época de Aristóteles. Pero, en nuestros tiempos, quizás sea Josef Pieper el que con más determinación ha puesto de relieve lo siguiente: cuando nos enamoramos —o seguimos más y más enamorados, que tal es el destino del matrimonio— lo primero que surge en uno son sentimientos y convicciones de este estilo: ¡es fabuloso que existas!, ¡yo quiero, con todas

las veras de mi alma, que tú existas!, ¡qué maravilla, qué gozada, qué acierto, el que hayas sido creado o creada!

Así enfocada la cosa, amar vendría a consistir, en última instancia, se sepa o no, en «aplaudir a Dios». Decirle: «con éste, o con ésta, sí que te has lucido»; «ahora sí que has demostrado lo que vales»; «¡bien, enhorabuena, *chapeaux!*!». Lo que, con expresión más culta, eternizó Bécquer con su «hoy la he visto, la he visto y me ha mirado, ¡hoy creo en Dios!».

(Y por eso el amor, *si es de ley*—y no esas tristes falsificaciones centradas en el yo, hoy tan habituales—, acerca siempre a Dios, también cuando uno no tiene conciencia de ello y ni siquiera de la existencia del Amor infinito: Dios siempre alienta, y eso es en definitiva lo importante, aun cuando tú, lector, o yo, lo desconozcamos).

②. Por otra parte, la confirmación en el ser generada por el amor no se configura como una veleidad, una suerte de deseo inconsistente: muy al contrario, de manera similar a lo que sucede en el acto creador, el amor entre seres humanos tiene como primero y principal efecto *hacer realmente real* (para el que ama) a la persona querida; conseguir que, para mí, exista de veras.

Aunque esta afirmación resulte de entrada un tanto abstrusa, no es difícil de ilustrar mediante un ejemplo.

Bastantes de nosotros, cuando damos un paseo o hacemos un viaje, cuando nos trasladamos de un lugar a otro o acudimos a un espectáculo o a una reunión, nos cruzamos con cientos e incluso miles de personas de las que no podremos decir nada en absoluto, a las que ni siquiera seríamos capaces de reconocer más tarde, y que en nada han influido ni influirán en nuestro comportamiento: cabría afirmar, entonces, que ninguna de ellas existe *para nosotros*.

Por el contrario, cuando entro en casa o en mi lugar de trabajo, cuando me reúno con el grupo de amigos, a los que sí aprecio, todos existen para mí, despiertan sentimientos y reflexiones, me instan a ocuparme de ellos, modifican mi conducta... que es la manifestación más clara de la presencia *real y consecuente* del otro ante mí. En otras palabras, me llevan a estar en los detalles materiales y espirituales que hagan más gozosa y fecunda sus vidas... porque sí que los advierto como reales.

La idea ha sido egregiamente expresada por Juan Ramón Jiménez, con unos acentos que no solo componen un insigne canto a la dignidad de cualquier existencia humana, sino toda una grandiosa exaltación de la maternidad:

Siempre que volvíamos por la calle de San José —se lee en *Platero y yo*— estaba el niño tonto a la puerta de su casa, sentado en su sillita, mirando el pasar de los otros. Era uno de esos pobres niños a quienes no llega nunca el don de la palabra ni el regalo de la gracia; niño alegre él y triste de ver; todo para su madre, nada para los demás.

Estas últimas palabras subrayan la colosal realidad de que para una madre, como para cualquiera que ama de veras, el hijo, hermano o amigo constituye — en efecto— su todo, lo que avalora y hace ser al resto del universo. Y que ese *todo* no es exclusivo de uno solo de los hijos, o del marido, sino que cada uno de

los seres a quienes íntimamente se estima, en fuerza del afecto y sin que en ello haya contradicción, compone el *todo* para la esposa y madre enamorada.

③. Confirmar en el ser, por tanto, hacer del sujeto querido alguien realmente real.

Cosa que se advertirá aún mejor si enfocamos el asunto, por contraste, desde el extremo opuesto.

Lo contrario del amor, al que se encuentra aparejada la vida, son la indiferencia y el odio —en su sentido más sobrio y certero, y menos emotivo y visceral—, al que va unida la muerte. Pues bien, cuando alguien no solo no ama, sino que odia, y odia en serio, lo que pretende en última instancia, y con más o menos conciencia, es eliminar el ser de lo no-querido:

1) suprimirlo *en cuanto otro*, valorándolo solo en la medida en que sirve a mis propios gustos, pasiones o intereses, configurándolo, en certera expresión de Delibes, como un apéndice de nuestro egoísmo, una prótesis del propio yo; o

2) anularlo de forma radical, arrojándolo fuera del conjunto de los existentes o impidiendo que llegue a entrar en el festín de la vida (eutanasia, aborto, contraceptivos, terrorismo, genocidios, fobias racistas o de otro tipo, violencia en general...).

Y cuando es toda una civilización la que, por una excesiva y a veces neurótica atención de cada uno de sus miembros a sí mismo y a lo suyo, se encuentra de algún modo dominada por el desamor, no debe extrañarnos que dé a luz a una auténtica cultura del desinterés, del egoísmo, y, si se me apura, como se nos recuerda con frecuencia, incluso de la muerte.

(Hablo de «desamor» para incluir simultáneamente la indiferencia y el odio.

En cierto modo, la indiferencia se opone más radicalmente al amor que el odio: es tratarte, en el sentido más fuerte de la expresión, *como si no existieras*, «ningu-nearte», como dicen acertadamente los mexicanos.

El odio, por el contrario, te tiene en cuenta, lo que genera en nosotros cierta satisfacción. No obstante, cuando se trata de un odio auténtico, lleva consigo la intención (que se torna eficaz, en la medida de las propias posibilidades) de que el otro *no exista... de hecho*.

Por eso, cabría decir que la indiferencia es más fuerte desde el punto de vista del sentimiento de quien la padece (aunque no siempre), mientras que el odio resulta en sí mismo y por sus consecuencias más agresivo, más desamorado (e incluso cabría hablar de contra-enamorado).

1.2. Y decirlo de manera absoluta

Pero, volviendo a las dimensiones afirmativas, el amor intachable, acreditado, no solo confirma o corrobora en el ser a quien ama, sino que lo hace con tal franqueza y radicalidad, que aquel que nos enamora nos resulta imprescindible...

para todo: desde lo más menudo y en apariencia intrascendente hasta el conjunto del universo (y también en semejante sentido se configura como nuestro todo).

Esta vez ha sido Ortega quien lo ha expuesto con maestría, en el párrafo que sigue de sus *Estudios sobre el amor*.

Amar a una persona es estar empeñado en que exista; no admitir, en lo que depende de uno, la posibilidad de un universo donde aquella persona esté ausente.

A raíz de lo cual, cabría formularse un interrogante práctico, de enorme calado existencial. Sobre todo a los esposos (y a su manera a los novios), podría preguntárseles: ¿eres capaz de concebir la vida sin tu cónyuge?; ¿te ves a ti mismo funcionando con relativa normalidad si él o ella faltan?

No se trata de que si por desgracia tiene lugar el tránsito del marido o la mujer, uno no se rehaga, con la ayuda de Dios y de las restantes personas que lo quieren y arropan; sino si ahora mismo, en este preciso instante, te sientes capaz de seguir viviendo eliminado de tu entorno aquel a quien dices amar con locura, si te *imaginas* sin él. Porque si la respuesta fuere afirmativa, cabría intuir que ese amor no ha madurado todo lo que sería de desear. (Y no se trata, en contra de lo que algunos opinan, de ningún tipo dañino de «dependencia». Cabría hablar de ella, en ciertos casos, si semejante sentimiento persistiera más allá de lo razonable... muy difícil a su vez de determinar).

(A este respecto, me contaba emocionado un amigo de más que mediana edad: «después de muchos años de convivencia y de trabajo esforzado para sacar adelante sin suficientes recursos a una familia numerosa, mi madre se puso enferma de cierta gravedad; tuvimos que trasladarla desde donde vivíamos a una ciudad lejana pero importante, donde fue intervenida; durante la operación, sentado en una banqueta en medio del pasillo, vi por primera y última vez en mi vida a mi padre —un metro noventa y más de cien quilos de peso— llorando, desconsolado, a lágrima viva; intenté mitigar su dolor, y solo logré escuchar una y otra vez de sus labios temblorosos y estremecidos: “pero yo, ¿qué voy a hacer sin tu madre?, ¿qué va a ser de mí si se me muere?”»).

No es un hecho infrecuente, todo lo contrario. Pero la emoción de mi amigo, bastantes lustros después de que ocurriera el suceso, me transmitía con fuerza incomparablemente más viva de lo que yo puedo exponer la realidad que con la anécdota intento iluminar).

2. COMPROBACIÓN POSITIVA

Cuanto vengo exponiendo presenta dos claras ratificaciones: una afirmativa y otra, por el contrario, negativa.

Vayamos con la primera, con la «demostración» gozosa.

2.1. «Quando m'innamoro...»

Se da, de una forma paladina, en el enamoramiento: cuando uno se enamora —o, cuando después de veinticinco, treinta o más años de unión matrimonial sigue incrementando su amor apasionado— no solo es que el ser querido resulte maravilloso, excepcional, sino que el conjunto todo de cuanto le rodea y existe resplandece con una luz nueva, con un esplendor, con unos armónicos... absolutamente desconocidos fuera de la condición de enamorado.

Y aquí podrían recordarse un sinnúmero de poemas y canciones que manifiestan intuitivamente el brillo particular de la entera naturaleza como consecuencia de la transformación que quien *enloquece de amor* experimenta al hilo de ese cariño. Como, por citar tan solo una, la siguiente afirmación de Lucrecio: «sin ti nada nace a la clara luz del día, ni hay cosa alguna jocunda ni amable» (con otra traducción: «y sin ti nada emerge a las divinas riberas de la luz, y no hay sin ti en el mundo amor ni alegría»).

Pero también cabe reflexionar sobre el hecho.

No hace demasiado tiempo, en un trabajo especializado cuyo tema era la belleza, llegué a la conclusión de que ésta podía definirse como «el ser llevado a plenitud y hecho presencia». Y hacía ver, de acuerdo con la tesis más clásica de la historia de Occidente, que semejante plenitud requiere la integridad; que una obra inacabada difícilmente es bella; y que, por el contrario, lo que conocemos como toque maestro, ese detalle final propio del genio, es capaz de transformar un trabajo incluso mediocre por inconcluso en un prodigio de hermosura.

Pues bien, aquel a quien amo vendría a ser como el toque genial del propio cosmos: el que completa al mundo, me lo acerca, y hace que todo él reverbere con un vigor y una intensidad, con unos resplandores y centelleos... que unos momentos antes de enamorarnos resultaban imposibles de atisbar.

Cuando el amor hace presa en nosotros, *todo* se transfigura y transmuta, incrementa su categoría, manifiesta su radiante brillantez.

El amor lo transfigura todo, incrementa su categoría,
manifiesta su más radiante brillantez.

En relación con la vida matrimonial, lo ha expresado certeramente Rafael Morales:

Yo estaba junto a ti. Calladamente / se abrazaba el paisaje en el ocaso / y era de fuego el corazón del mundo / en el silencio cálido del campo. // Un no sé qué secreto, sordo, ciego, / me colmaba de amor; yo ensimismado, / estaba fijo en ti, no comprendiendo / el profundo misterio de tus labios. // Puse mi boca en su insistencia pura / con un temblor casi de luz, de pájaro, / y vi el paisaje convertirse en ala / y arder mi frente contra el cielo alto. // ¡Ay, locura de amor!, ya todo estaba / en vuelo y en caricia transformado... / Todo era bello, venturoso, abierto... / y el aire ya tornóse casi humano.

También resultan reveladoras estas palabras de Francesco Alberoni, en un libro un tanto desigual, como casi todos los suyos, pero con pasajes realmente logrados:

Cuando el amor se aposenta en nosotros —viene a decir—, «toda nuestra vida física y sensorial se dilata, se hace más intensa; sentimos olores que no sentíamos, percibimos colores, luces que no veíamos habitualmente, y también se amplía nuestra vida intelectual porque descubrimos relaciones que antes creíamos opacas. Un gesto, una mirada, un movimiento de la persona amada nos habla hasta lo más íntimo, nos habla de ella, de su pasado, de cuando era un niño o una niña; comprendemos sus sentimientos, comprendemos los nuestros. En los otros y en nosotros mismos intuimos de pronto lo sincero y lo que no lo es y solo porque nos hemos vuelto sinceros».

Experimentamos entonces deseos «de estar en el cuerpo del otro, un vivirse y un ser vivido por él en una fusión corpórea, que se prolonga como ternura por las debilidades del amado, sus ingenuidades, sus defectos, sus imperfecciones. Entonces logramos amar hasta una herida de él transfigurada por la dulzura».

2.2. Los defectos del cónyuge

Aunque más adelante vuelva quizá sobre el asunto, no estarán de más un par de reflexiones en torno a los defectos del ser querido. En concreto, de los del cónyuge.

Medio en broma medio en serio, me apuntaba un amigo que con ellos ocurre algo bien curioso.

①. Durante la época de noviazgo, podemos llegar al convencimiento de que tales carencias no existen en la persona amada... o, más bien, «partir» de semejante convicción y mantenernos firmes e incommovibles en ella: y no porque nuestro novio o novia haga ningún tipo de esfuerzo particular para ocultarlas o simplemente las disimule; sino porque los ratos que pasamos juntos, precedidos del anhelo por encontrarnos con quien queremos, son los mejores del día: nos hallamos especialmente relajados y llenos de júbilo y, movidos por auténtico cariño, justo para hacerlo feliz, le mostramos nuestra faz más amable.

②. Más adelante, incluso en el mismo viaje de novios o en la noche de boda —me comentaba con gracia—, esos defectos se nos muestran con toda su crudeza, tercos y mostrencos. Y como no los habíamos advertido en los meses previos al matrimonio, como nos desconciertan y tienden a desfigurar la imagen un tanto idílica que nos habíamos forjado, y como a nosotros nos resulta tan fácil evitarlos —porque no son «los nuestros», los que realmente nos parecen invencibles—, podemos incluso llegar a concluir, pasando al extremo contrario, que nuestro cónyuge obra de esa manera desafortunada precisamente para molestartos.

(Aunque en el fondo constituya una verdad de Perogrullo, a menudo no advertimos que los únicos defectos que a cada uno nos suponen esfuerzo y lucha son los nuestros; y estos se nos presentan como insuperables y fácilmente los disculpamos.

Por el contrario, los de los demás, si no coinciden con los propios, nos parecen sencillísimos de suprimir: de ahí que, en cuanto nos descuidamos, los calificuemos como manías, chiquilladas o, según apuntaba, como una manera especialmente hiriente e inoportuna utilizada por quienes nos rodean para hacernos la vida imposible...)

③. Volviendo al itinerario normal de un matrimonio, con el tiempo, sobre todo cuando se continúa alimentando y crece el auténtico cariño, las aguas vuelven a su cauce o, más bien, se adentran por las vías definitivas. Marido y mujer, movidos por un amor más templado y de más quilates, luchan efectivamente por evitar todo aquello que pudiera perturbar la paz y la armonía familiar; no cambian de manera radical excepto en ocasiones muy contadas, porque esto es muy difícil entre los seres humanos; pero mejoran: buscan los medios de hacer que aquellos detalles que en buena medida no pueden soslayar, se tornen para el otro cónyuge menos gravosos. Y ese empeño denodado por complacernos, a la vista de su congénita flaqueza, provoca en el otro componente del matrimonio auténtica ternura. Entonces —como afirmaba Alberoni— logramos amar hasta una herida de él transformada por la dulzura.

(Quizá a bastantes de los que me leen este conjunto de afirmaciones se les antoje ingenuo o utópico. No quiero apelar, para convencerlos de lo contrario, ni a mi propia experiencia ni a la de tantos buenos amigos que lo viven mucho mejor que yo.

Simplemente les pediría que reflexionen sobre el hecho de que semejante actitud la adoptamos de manera natural y nada forzada con respecto a nuestros hijos pequeños... y no tan pequeños. Y recordarles, tras la huella de un sacerdote santo del siglo pasado que a nuestro cónyuge —¡especialmente al marido!— hemos de verlo tantas veces como al menor y más necesitado de nuestros hijos.

Cualquier ser humano, por más adulto y maduro que nos parezca y en efecto lo sea, resulta a la vez tan frágil que solo una mirada repleta de comprensión y cariño aviva su felicidad y su crecimiento como persona).

Y esa nueva visión del ser amado, más realista y mucho más cordial, sigue transfigurando el universo y el conjunto de acontecimientos de la vida dentro y fuera del hogar, que se nos tornan cercanos y familiares, también ellos afectados por déficits cuya principal misión acaba por ser la de realzar, por contraste, la bondad y la belleza constitutivas de todo cuanto existe: luces que no pueden sino proyectar también las respectivas sombras, más conforme aumenta su fulgor.

La verdad, el bien y la belleza acaban imponiéndose sobre sus opuestos... porque así es, como veremos, la realidad: verdadera, buena y bella.

La verdad, el bien y la belleza acaban imponiéndose sobre sus opuestos

(Conviene aquí recordar hasta qué extremos la actitud que adoptamos ante nuestro entorno —personas y situaciones— interviene en la percepción que de todo ello tenemos.

Aunque más adelante lo estudiaré con detenimiento, advierto ya que en cualquier familia el tono de alegría y buen humor, que lleva a ver lo bueno que siempre anida incluso en las circunstancias más adversas, constituye una de las claves fundamentales para que los problemas «se relativicen y disuelvan», incluso antes de aparecer, y asegura una pacífica y muy jugosa convivencia.)

2.3. Nuestra propia mejora

Pero gracias al amor no solo se pule, acrisola y acrece aquello que nos rodea y, muy en particular, el ser a quien queremos. El embellecimiento es total. Por tanto, también nos completamos nosotros, cambiamos de clave, de calidad.

Un buen día —asegura el doctor Carnot en un libro dirigido a adolescentes—, sin saber por qué, está uno alegre, se siente mejor. Todo parece más amable en derredor. Se tienen ganas de reír y de cantar, de caminar a grandes pasos a través de las calles. Se está mejor dispuesto para el trabajo. Al mismo tiempo, descubrimos en nosotros mismos una fuerza desconocida que nos empuja al deseo de realizar algo grande. Tenemos necesidad de salir de nosotros mismos, de abrirnos. Nos volvemos más cordiales, más generosos, más entusiastas, más benévolos para con todo el mundo. ¡Ha nacido el amor!

Acaso estas palabras adolezcan de un tono en exceso sentimental o aparentemente hiperbólico. Pero lo que dicen no es una simple metáfora. Veremos que una de las verdades más profundas de la antropología de todos los tiempos, y en la que han insistido los mejores de nuestros contemporáneos, es que el amor nos perfecciona, que nos hace crecer hasta límites pocas veces sospechados.

Más aún, como suelo repetir por activa y por pasiva: *solo el amor inteligente* es capaz de hacer progresar al hombre, no desde puntos de vistas sectoriales — profesión, aptitudes, capacidades físicas, imagen...—, sino justo *en cuanto persona*.

*Solo el amor inteligente
es capaz de hacer progresar al hombre en cuanto persona.*

Lo que acabo de señalar ha tenido diversas manifestaciones a lo largo de la historia. A la espera de un desarrollo temático posterior, valga como botón de muestra la siguiente reflexión de Marías respecto al «amor cortés»:

El hombre va a desear y admirar ciertas condiciones en la mujer: la gentileza, la compasión, si es posible el *intelletto d'amore*, pero la mujer va a exigir también: cortesía, destrezas, esfuerzo, valor, sacrificio, decir cosas hermosas. Es el doble motor de la mutua

perfección, que se despliega, enriquece y transforma en el Renacimiento, y se diversifica en estilos nacionales.

(Por eso, cuando la mujer resulta demasiado «fácil», cuando se entrega sin pedir nada a cambio, impide al varón —o, al menos, no lo provoca— el crecimiento del esfuerzo de la conquista. Y lo mismo puede decirse de este en relación con la mujer.)

Es lo que, como resumen de la confirmación alborozada del amor que corrobora en el ser a cuanto con él se relaciona, recogen estas nuevas palabras de Rafael Morales, que nos aseguran que todo —hombre y mundo—, tocado por el nervio alado del amor, despliega su propia energía configuradora, hasta alcanzar, de forma paulatina, su plenitud final.

Nos dice el poeta:

Pero tú no eres libre, no lo eres, / hombre sin nadie, hombre que no amas; / estás solo en la tierra: nada eres, / oh, prisionero de divina ansia. // Llena de amor tus labios y tu frente / y confunde tu alma en otra alma, / y todo el cosmos girará contigo, / pleno de dicha, como inmensa ala.

3. COMPROBACIÓN NEGATIVA

3.1. Amar es decir: «no morirás»

Acabamos de examinar algunas de las verificaciones gozosas de que, en efecto, el amor tiene como cometido principal pronunciar un sí decisivo respecto a la persona del amado: confirmarla en su ser, refrendar la acción divina creadora, re-crearla.

También existen manifestaciones punzantes, dolorosas y, en ocasiones, destructivas. Y la más clara es la desaparición, la muerte del amado (o, de manera bastante similar, pero que ahora no debe ocuparnos, el amor no correspondido).

Cuando fallece un ser al que apreciamos de veras —marido, esposa, hijo, novio o novia, amigo o amiga bien probados...— no solo es que sentimos como un vacío auténtico su pérdida, sino que el universo todo, que el amor había hecho resplandecer, se torna de repente, y al menos por algunos momentos, un auténtico sin-sentido, tedioso, anodino y falto de color, de hondura y de relieve.

Nada de lo que nos rodea, nada de lo que hacemos y con lo que otras veces hemos gozado, tiene ahora razón de ser... Nada. Parece como si todo se desvaneciera junto con la persona a la que, según recuerda Agustín de Hipona, «habíamos amado... como si nunca hubiera de morir».

En este extremo, la experiencia común no puede ser más reveladora. Aunque la expresión resulte un tanto irreverente, cruel e incluso blasfema, es difícil encontrar a un padre o a una madre de cinco hijos que, ante la muerte inopinada

de uno de ellos, reaccione afirmando: «todavía me quedan un 80%». Muy al contrario, mil que tuvieran no bastarían para compensar el vacío desgarrador del que los ha dejado.

Por su parte, la historia y la literatura nos ofrecen multitud de testimonios en la misma línea, a la par semejantes y diversísimos.

Quiero decir que los distintos intentos de explicar el amor —por más que difieran entre sí, y por más que se aparten de la versión que aquí vengo esbozando— comunican en esta propiedad concreta: en cualquiera de ellos, la falta del ser querido provoca la *carencia de significado* de uno mismo y sus actividades y de todo y todos los que le circundan.

La falta del ser querido provoca la *carencia de significado* de uno mismo y de todos los que lo circundan

Entre los clásicos, lo manifiestan estos cuatro célebres versos de Garcilaso de la Vega:

«Echado está por tierra el fundamento / que mi vivir cansado sostenía. / ¡Oh cuánto bien se acaba en solo un día! / ¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!».

Algo similar experimentó otro poeta, éste contemporáneo.

Según narra José Luis Cano,

... en Soria, Machado se convierte en enfermero de su mujer, cuya salud es lo único que le preocupa. Tras una aparente mejoría, Leonor vuelve a agravarse, pero antes de morir, aún tiene un momento de alegría al recibir de manos de Antonio el primer ejemplar de *Campos de Castilla*. Pocos días después, el 1 de agosto, muere Leonor en brazos del poeta. La muerte de su esposa hunde a Machado en un dolor tan hondo que el éxito de *Campos de Castilla* —cuya publicación es recibida con entusiasmo por la crítica madrileña, Ortega y Azorín al frente— no logra atenuar.

En algún momento pensó suicidarse, según le confiesa en una carta a Juan Ramón: “Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro. El éxito de mi libro me salvó, y no por vanidad, ¡bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que si había en mí una fuerza útil, no tenía derecho a aniquilarla”.

Y en otra carta, ésta a su admirado Unamuno: “La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical, segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero por sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada de extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por esto viniera Dios al mundo. Pensando en esto me consuelo algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo, el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto. Mientras luché a su lado contra lo irremediable me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, pues ella, al fin, no pensó nunca en morirse y su enfermedad no era dolorosa. En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad”.

3.2. Una «fractura» en el ser

①. Aun a riesgo de cortar por un momento el hilo del discurso y de tornarlo un poco menos comprensible (por lo que ningún lector debería preocuparse si estas reflexiones por ahora «lo superan»), me aventuro a hacer un par de comentarios de estas palabras de Machado, enlazándolas con las que antes apuntábamos y en seguida volveremos a ver.

- ◆ Y es que, de manera no siempre expresa pero tremendamente eficaz, quienes aman de veras ponen en comunicación el núcleo más íntimo de sus respectivas realidades: el acto personal de ser. Lo que se ama es el *ser* de la persona querida... desde y con el propio *ser*. Y el de una y otra, por tratarse de personas, si no propiamente eternos —que es exclusivo de Dios—, son siempre inmortales.
- ◆ Por eso ha podido afirmarse que el amor interpersonal —el único verdadero amor— o nace eterno o es que en realidad no ha nacido (no puede confirmarse un ser-para-siempre de forma provisional). Y tal vez esa intimísima dimensión de sempiternidad, junto con la real identificación entre los amantes explique el que la desaparición de la persona amada esboce e incluso incite a la disolución de nuestro ser, al suicidio. En tal impulso se manifiesta, por un lado, el tremendo —y aparente— engaño de un amor que surge para siempre y al que, con la muerte, *parece* faltar el objeto de sus desvelos. Y también —hasta la hipérbole machadiana de la muerte de Dios— se explica por una suerte de solidaridad entre los que se aman, que pretenden participar en el acontecimiento más escandaloso para el amor de los enamorados: la muerte de los seres queridos.

Nada tiene de extraño, entonces, que algo semejante experimentara en el pasado siglo Simone de Beauvoir, cuya concepción del amor se sitúa casi en las antípodas de la que desarrolla este escrito. Cuando la amante de Sartre cree, equivocada, que él ha muerto a raíz de una huelga de hambre, no puede sino exclamar: «Ya no había hombres, ya no los habría nunca, y yo no sabía por qué sobrevivía absurdamente».

Y en un contexto todavía más apartado del nuestro, y dentro ahora de la narrativa de ficción —lo que, en cierto modo resulta aún más representativo de la universalidad del sentimiento—, François Sagan, con términos un tanto salvajes y casi agresivos, pone en boca de uno de sus personajes: «No pienso más que en esto», en el tiempo y en la muerte. «Pero cuando tú estás conmigo de noche; cuando tenemos calor juntos, entonces me tienen sin cuidado. Solo entonces. Me importa un bledo morir; lo único que me da miedo es que tú mueras. Mucho más importante que cualquier cosa, que cualquier idea, tu aliento sobre mí. Como un animal, estoy en vela. Tan pronto como te despiertas, me escondo en ti, en tu conciencia; me lanzo sobre ti. Vivo de ti».

②. ¿Es esto paganismo desgarrado?

Quizás en lo que expresamente sostiene, pero no en lo que subyace a esos asertos. Porque, en verdad, la radical energía que nos hace ser a cada uno proviene directamente de Dios, que nos crea y conserva amorosamente. Pero Él mismo quiere que esa fuerza primigenia también se nos transmita a través del ser de la persona amada, reflejo y participación, al cabo, del infinito Ser divino.

Una vez más aquí, la absoluta dependencia respecto a Dios no elimina, sino que fundamenta, la real e inequívoca consistencia de lo creado, de modo análogo a como la gracia no suprime, sino que perfecciona la naturaleza.

Y de ahí que resulten doblemente significativas las exclamaciones agustinianas que a continuación transmito. Reveladoras, de una parte, por cuanto con ellas Agustín no se refiere ni a su madre, ni a su hijo ni a su amante, sino a un chico que fue su mejor amigo, durante aproximadamente seis meses, allá por los tiempos de la adolescencia. Y, de otra, porque no solo están escritas muchísimos años después de la pérdida de aquel muchacho, sino, por lo mismo, justo tras la conversión del santo: y el inconmensurable amor a Dios que ahora tiene no torna impuros a sus ojos los sentimientos de entonces.

Con el tono un poco retórico que le caracteriza, San Agustín recuerda:

¡Qué terrible dolor para mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí: la ciudad se me hacía inaguantable, mi casa insufrible y cuanto había compartido con él se me volvía sin él crudelísimo suplicio. Lo buscaba por todas partes y no aparecía, y llegué a odiar todas las cosas, porque no lo tenían ni podían decirme como antes, cuando venía después de una ausencia: "he aquí que ya viene" [...]. Solo el llanto me era dulce y ocupaba el lugar de mi amigo en las delicias de mi corazón [...]. Me maravillaba que la gente siguiera viviendo, muerto aquél a quien yo había amado como si nunca hubiera de morir; y más me maravillaba aún que, muerto él, siguiera yo viviendo, que era otro él. Bien dijo el poeta Horacio de su amigo que era "la mitad de su alma", porque yo sentí también, como Ovidio, que "mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos"; y por eso me producía tedio el vivir, porque no quería vivir a medias, y a la vez temía quizá mi propia muerte para que no muriera del todo aquél a quien yo tanto amaba.

Otro espléndido testimonio, con terminología y estructura más actuales, y pasado hoy al celuloide en *Tierra de penumbras*, lo ofrece Clive Staple Lewis, pocas semanas después de que falleciera su esposa.

No es verdad que esté pensando siempre en H. —explica—. El trabajo y la conversación me lo hacen imposible. Pero los ratos en que no estoy pensando en ella pueden que sean los peores. Porque entonces, aunque haya olvidado el motivo, se extiende por encima de todas las cosas una vaga sensación de falsedad, de despropósito. Como en esos sueños en que no ocurre nada terrible —ni siquiera que parezca digno de mención al contarlos a la hora del desayuno—, y sin embargo la atmósfera y el sabor del conjunto son mortíferos. Pues igual. Veo rojear las bayas del fresno silvestre y durante unos instantes no entiendo por qué precisamente ellas pueden resultar deprimentes. Oigo sonar una campana y una cierta calidad que antes tenía su tañido se ha esfumado de él. ¿Qué pasa con el mundo para que se haya vuelto tan chato, tan mezquino, para que parezca tan gastado? Y entonces caigo en la cuenta.

③. Morir. Se trata de un golpe duro, certero, que alcanza el núcleo más íntimo de la persona que ama, al menos por unos instantes... incluso cuando quien sufre tiene una fe sólida y está por completo abandonado en Dios: la gracia no suprime la naturaleza. Aunque, sin duda, esa fe y ese amor a Dios, junto con la confianza en el gozo imperecedero del ser querido, facilita enormemente el que se supere la desolación inicial. Es más, muy probablemente el destrozo provocado por la ausencia de las personas amadas solo puede eliminarse del todo, después del primer e inevitable zarpazo, cuando uno está enriquecido por un amor muy cabal al otro en cuanto otro... y, de forma todavía más neta, a Dios, que engloba en Sí, de manera sublimada, todos los amores.

Más allá de la persona del cónyuge que no se puede amar —explica Gustave Thibon, con un deje de ambigüedad, puesto que quien fallece puede seguir siendo objeto de nuestro cariño aunque habite en el otro mundo—, queda la persona de Dios que es amor, y lo que aborta en el tiempo, siempre puede crecer en lo eterno.

La situación, en todo caso, resulta compleja. La muerte es una pérdida real, incluso para quien cree en la inmortalidad del alma y en un destino de Amor infinito en el Cielo: el propio Jesucristo, como explica y justifica Santo Tomás, sintió *en cuanto hombre* pavor ante ella (la pérdida de la vida corporal —explica Tomás de Aquino— resulta «naturalmente horrible a la naturaleza humana: *naturaliter horribilis humanae naturae*). Y solo en la medida en que uno ame mucho y muy de veras a Dios, y a aquel que la muerte le arrebatara, verá más fácilmente atenuado el atentado contra el ser en que el morir consiste.

Más que extenderme en explicaciones y comentarios, me limito a transcribir estas nuevas palabras de Lewis:

Y C., el pobre, me repite: "No te aflijas como los que no tienen esperanza". Me deja perplejo esa forma en que somos invitados a aplicarnos a nosotros mismos unas palabras evidentemente dedicadas a los mejores. Lo que dice San Pablo solamente puede confortar a quien ame a Dios más que a sus muertos y a sus muertos más que a sí mismo. Si una madre está llorando no por lo que ha perdido, sino por lo que ha perdido su hijo muerto, será un consuelo para ella pensar que el hijo no ha perdido la finalidad para la que fue creado. Y otro consuelo pensar que ella misma, al perder el principal motivo de su felicidad, el único natural, no ha perdido algo que vale mucho más, el poder conservar su esperanza de "glorificar a Dios y gozar de El para siempre". Consolarse en el espíritu imperecedero de "Dios como meta" que dentro de la madre habite. Pero este consuelo no sirve para su maternidad. Lo específico de su felicidad maternal tiene que darlo por perdido. Nunca ya, en ningún sitio ni en ningún tiempo, volverá a sentar a su hijo en sus rodillas, ni a bañarlo, ni a contarle un cuento, ni a hacer proyectos para su futuro, nunca conocerá a los hijos de su hijo.

AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- En este tema hemos hablado mucho del amor, y algo del odio en cuanto que es lo contrario del amor. Te invito a que reflexiones unos minutos sobre esto último. Hemos dicho que el odio va acompañado de la muerte, de la muerte del ser odiado. Pero, ¿qué efectos tiene sobre el que odia?

- «...el amor intachable, acreditado, no solo confirma o corrobora en el ser a quien ama, sino que lo hace con tal franqueza y radicalidad, que aquel que nos enamora nos resulta imprescindible... para todo». ¿Imprescindible? ¿No dijeron siempre nuestros padres que debíamos aprender a valer por nosotros mismos, a ser independientes? ¿Cómo casan ambas cosas? No es necesario ahora profundizar en exceso, pues, desde luego, el tema daría para mucho, pero sí es importante que reflexiones unos minutos y des una respuesta a las preguntas, aunque no sea del todo completa.

- «...cuando uno se enamora (...) no solo es que el ser querido resulte maravilloso, excepcional, sino que el conjunto todo de cuanto le rodea y existe resplandece con una luz nueva, con un esplendor, con unos armónicos... absolutamente desconocidos fuera de la condición de enamorado». ¿Te parece exagerada esta afirmación? Si es así, ¿en qué sentido? Si, por el contrario, te resulta ajustada, ¿sabrías justificarla?

- «Lo que se ama es el *ser* de la persona querida... desde y con el propio *ser*». A cualquier persona poco formada desde el punto de vista de una Antropología basada en la metafísica, le parecería ésta una frase vacía, sin contenido, o, como mínimo, trivial o redundante. Confío en que a estas alturas del curso a ti no te suene así: que te diga algo, bastante... o incluso mucho. ¿Podrías explicar cuál es el sentido y cuáles las implicaciones de dicha afirmación?

III. DESEOS DE PLENITUD

1. LA ASPIRACIÓN ESENCIAL DEL AMOR

1.1. Querer a alguien es siempre querer-que-mejore

Junto al anhelo incondicional de que viva, de que sea, el amor reclama para el sujeto querido que *sea bueno*, que viva bien

(en el mejor de los sentidos en que utilizaban esta expresión los clásicos griegos).

Junto al anhelo incondicional de que viva, de que sea, el amor reclama para el sujeto querido que *sea bueno*, que viva bien

En efecto, el más sublime compendio de cuanto podemos pretender cuando estimamos de veras a alguien es que alcance la plenitud a que ha sido llamado. Y esto, en expresión directa y sencilla, a la par que honda y plena de resolución, se expone con pocas palabras: «¡que seas bueno!».

Por eso, más de una vez he oído comentar a personas de edad y de prestigio humano reconocido, que el más profundo consejo moral que han escuchado a lo largo de su vida —a pesar de sus muchos años de estudio de antropología y de ética, pongo por caso—, consiste en lo que, llenas de cariño, les repetían una y otra vez sus abuelas, cuando apenas contaban con tres o cuatro años: «hijo mío, ¡que seas bueno!».

Aristóteles estaría plenamente de acuerdo con los sentimientos de las ancianas a las que acabo de apelar. Para él, y lo repite en multitud de ocasiones, el verdadero amor, la auténtica amistad, ha de ir acompañada del deseo eficaz de que aquellos a quienes estimamos mejoren.

- ◉ De ahí que el viejo filósofo griego rechazara, como falsa y muy peligrosa, la amistad entre «hombres de mala condición, que se asocian para cosas bajas, y se vuelven malvados al hacerse semejantes unos a otros».
- ◉ «En cambio —añadía—, es buena la amistad entre los buenos, y los hace mejores, conforme aumenta el trato, pues mutuamente se toman como modelo y se corrigen».
- ◉ Y reforzaba: «La amistad perfecta es la de los hombres buenos e iguales en virtud, porque estos quieren el uno para el otro lo auténticamente bueno».

Aquí las glosas podrían multiplicarse, en buena parte por contraste, teniendo en cuenta el modo marcadamente egotista en que a veces se concibe el amor en el mundo contemporáneo.

Por ejemplo, a muchas madres y muchos padres, a tenor de lo expuesto por Aristóteles, habría que advertirles de nuevo (igual que, *mutatis mutandis*, a los esposos): lo que ha de pretender toda vuestra labor educativa, es descubrir y buscar el verdadero bien de vuestros hijos, de cada uno, no un mero beneficio aparente y, muchísimo menos, so capa de amor a ellos, vuestro propio «bien» (tranquilidad, libertad de movimientos, autorrealización proyectada, ausencia de preocupaciones, permisivismo...).

1.2. Ser, para el hombre, es vivir y perfeccionarse

Pero volvamos a centrar nuestro tema, indicando que la búsqueda de adelantamiento y plenitud del ser querido representa en realidad la natural prolongación de lo que se perseguía en el estadio anterior, con la ratificación del ser.

Antes que nada, *y aunque no se entienda por completo*, porque el ser del hombre no constituye algo inerte y estático, sino que tiende a expandirse y a llevar a su acabamiento perfectivo a todos y cada uno de los componentes de la persona.

- ❖ Desde el mismo instante de la concepción, la criatura recién engendrada toma las riendas de sí misma y pone en movimiento su capacidad nativa de desarrollo, multiplicando sus células, diferenciándolas y organizándolas de una manera que ni el más avanzado de los ordenadores podría conseguir en millones de años;

- ❖ después, en cuanto sale del seno materno, todo es también crecer y desarrollarse y diferenciarse, ¡sin perder la unidad global!, tanto desde el punto de vista biológico como en lo que se refiere al desenvolvimiento de sus capacidades mentales, motoras, afectivas;

- ❖ y el resto de su vida, aunque de forma quizás menos vistosa, consiste —o debería consistir— en continuar con ese despliegue, hasta alcanzar cotas que, en ocasiones, resultan difíciles de predecir: piénsese en un Juan Pablo II, en una Teresa de Calcuta o en cualquiera de los grandes artistas o científicos que han asombrado al mundo con sus descubrimientos.

Esto es lo natural para el sujeto humano: crecer.

De manera que *no* cabe propiamente querer a nadie, confirmarlo en su ser, sin anhelar al mismo tiempo que la persona querida *progrese más y más*, desplegando de esta suerte toda la perfección pre-contenida en ella desde el momento en que fue engendrada.

Querer a alguien es, necesariamente, querer-que-mejore

En este sentido, Maurice Nédoncelle dice del amor que es «una voluntad de promoción». Y explica: «El yo que ama quiere antes que nada la existencia del tú; quiere, por decirlo de otra manera, el desarrollo del tú, y quiere que ese desarrollo autónomo sea (en la medida de lo posible) armonioso por lo que respecta al valor entrevisto por el yo para él».

Con lo que se apunta una nueva idea: el ansia de desarrollo y mejora al que nos venimos refiriendo tampoco es, como antes veíamos, una veleidad: amar de verdad a alguien lleva siempre consigo el que éste acreciente su perfección, en una medida proporcional a la calidad, intensidad e inteligencia del amor que se le otorga... con la condición de que la persona querida no se oponga frontalmente a ello. Veamos cómo y por qué.

2. ¿ES EL AMOR CIEGO?

2.1. Descubrir la actual riqueza interior del amado

Muy lejos de ser ciego, el amor hace ver, resulta en extremo clarividente.

Sin duda, todos comprendemos lo que afirma el dicho popular y, desde la perspectiva que entonces se adopta, estamos de acuerdo con él. Pero no es eso lo más cierto ni lo más profundo que se puede decir del amor. Mucho más agudo es sostener lo contrario:

Lejos de nublar la vista de la persona que ama —y estamos aquí hablando de un amor real, genuino, y no, por ejemplo, de una simple pasión, o de un más o menos inconscientemente disimulado egocentrismo—, el amor la torna *más* penetrante y perspicaz, *más* sutil y comprensiva.

Lejos de nublar la vista de la persona que ama el amor
la torna *más* penetrante y perspicaz, *más* sutil y comprensiva

Es ésta una verdad universal, expresada sucintamente por De la Tour-Chambly («cuando se ama, la naturaleza deja de ser un enigma»), pero que todavía resulta más verdadera si se refiere a los seres humanos; como sostiene Alberoni, anticipando extremos que más tarde analizaré, «el amor nos revela la infinita complejidad, la infinita riqueza de la otra persona. Porque percibimos de ella todo

lo que ha sido, todo lo que habría podido ser, todo lo que es ahora y todo lo que podrá ser en el futuro».

En tales circunstancias, no solo es que a menudo se torne contraproducente la objetividad y el distanciamiento que tantas veces se reclaman, sino que, en el extremo opuesto, únicamente el amor comprometido permite ver las auténticas maravillas y la excelsa dignidad que cualquier persona —¡cualquiera!— oculta en su interior.

En consecuencia, si siempre resulta al menos imprudente juzgar a un varón o a una mujer, la cuestión deviene un despropósito cuando se trata de calibrar a alguien a quien no se ama muy de veras.

En ocasiones, los padres, tíos, abuelos... de un adolescente o de un joven opinan con precipitación, con base solo en algunos rasgos aislados y medianamente percibidos, sobre la calidad de la persona a quien el chico o la chica ha escogido por novia o novio: «¡mira con quien ha ido a caer éste o ésta...!».

¡Tremendo error «metafísico»!, me atrevería a afirmar, entre bromas y veras. Solo quien la quiere con hondura atisba las riquezas, muchas veces en potencia, que esa persona —¡como cualquier otra!— custodia en su interior.

(«En el fondo de todas las almas —escribe Édouard Rod— hay tesoros escondidos que solo el amor puede descubrir».)

❖ Y, por eso, pongo por caso, solo los cónyuges enamorados son capaces de apreciar lo que vale aquel o aquella a quienes se han unido de por vida: los otros, los que los rodean, los ven solo desde fuera; pero los esposos se quieren mutuamente con auténtica locura, y esa especie de frenesí, de éxtasis, de salida de sí mismos para introducirse en el otro, los torna más perspicaces y clarividentes.

❖ Y lo mismo sucede con las madres: cuando una de ellas se complace ponderando a su hijo como su todo, su amor, su rey, su cielo..., mientras que ninguno de estos calificativos le parece casar al hijo de los vecinos, no es que esté fantaseando para su vástago atributos que de ningún modo existen en él: lo que ocurre es que el amor, lúcido, agudo y sagaz, le hace descubrir multitud de perfecciones reales (en los dos sentidos del término: efectivas y regias)... que a quien no ama pasan del todo desapercibidas.

2.2. Y entrever la futura

Son ya muchos los que han dejado constancia de esta propiedad del amor: «anticipar» la plenitud del ser querido. Elijo, entre ellos, el autorizado testimonio de Chesterton: «El amor —nos asegura— no es ciego; de ninguna manera está cegado. El amor está atado, y cuanto más atado, menos cegado está».

(«Cuanto más atado...»: la razón determinante de este hecho es que conforme se intensifican los amarres positivos que nos ligan a una persona, mayor se torna la identificación imprescindible para que el conocimiento alcance su cenit.

Conocer es de algún modo establecer la identidad entre cognoscente y conocido, convertirnos hasta cierto punto en la realidad que aprehendemos; y, en el caso de quien ama, hacerse uno con el amado, transformarse en él.

Pues bien, como es sabido y sugeriremos en los párrafos siguientes, la mayor identidad posible entre dos personas, su mayor y más plena unidad, es la que realiza el amor.)

①. Por eso, el amor interpersonal permite ver en el presente la excelsa magnitud del sujeto querido, a la par que anticipa su ideal futuro, lo que está llamado a ser.

Así lo he estudiado, en otras ocasiones, de la mano de Max Scheler. Pero quizás nadie lo haya expuesto con tanta tersura y delicadeza como Alice von Hildebrand:

Leemos en *Cartas a una recién casada*:

Cuando te enamoraste de Michael, se te dio un gran don: tu amor se deshizo de las apariencias pasadas y te proporcionó una percepción de su verdadero ser, lo que está llamado a ser en el más profundo sentido de la palabra. Descubriste su "nombre secreto".

A los que se aman se les concede el privilegio especial de ver con una increíble intensidad la belleza del que aman, mientras que otros ven simplemente sus actos exteriores, y de modo particular sus errores. En este momento tú ves a Michael con más claridad que cualquier otro ser humano.

Y añade resuelta:

La gente suele decir que el amor es ciego. ¡Qué tontería! Como dije antes, lo ciego no es el amor, sino el odio. Solo el amor ve.

Cuando te enamoraste de Michael, veías tanto lo bueno como lo malo que hay en él, y concluiste con razón que "la bondad que veo es claramente su verdadero ser, la persona que está llamada a ser. Sé que a pesar de las faltas que desfiguran su personalidad, es básicamente bueno". (¿O no es ése el juicio implícito en tu última carta cuando decías que "cuando se pone furioso deja de ser él"?).

Date cuenta de que tu juicio no solo implica un simple reconocimiento de las virtudes de Michael, sino también capta sus debilidades e imperfecciones. Por eso te digo que el amor no es ciego; realmente agudiza la vista. (Dios, que nos quiere infinitamente, ve todo nuestro bien así como también cada mancha oscura que ensucia el alma).

Hasta aquí von Hildebrand. Pero la alusión a Dios resulta aún más fecunda de lo que el texto parecería indicar.

- ◆ En primer término, consideremos esa misma apelación en una de las más conocidas poesías de Jorge Luis Borges, titulada *Otro poema de los dones*. «Gracias quiero dar al divino / laberinto de los efectos y de las causas / [...] por el amor, que nos deja ver a los otros / como los ve la divinidad».

- ◆ Recordemos a continuación uno de los más agudos aforismos de Joubert: «“Verlo todo en Dios” para encontrar todo bello. Porque para encontrar bellos los objetos bellos tienen que tener el sol detrás y la luz alrededor».
- ◆ Y después, así preparados, preguntemos: ¿cómo o, mejor, dónde nos ve Dios a cada uno de nosotros?
 - ◇ La respuesta tradicional es que nos ve en Sí mismo o, si se prefiere, desde Sí mismo, desde la bondad que Él mismo nos ha dado.
 - ◇ De ahí que, aunque sea cierto que también advierte nuestras manchas, nuestros defectos o pecados, no los conoce en ningún momento, al contrario de lo que sucede a los humanos, como si fueran algo; los percibe claramente en su estricta condición de privación, de no-ser (como la ceguera o la sordera, que no poseen una realidad positiva, sino que se configuran tan solo como una carencia, una falta).
 - ◇ Y, por ende, aun cuando esta afirmación requeriría abundantes puntualizaciones, lo que primordialmente capta es el bien que Él nos ha participado y está de continuo manteniendo y desplegando en nosotros; lo otro, el mal, es una especie de añadido, o de recorte, a su obra (y que, en última instancia, como sucede en los ejemplos propuestos, no es —con entidad positiva—... aunque exista). Por eso puede amarnos con un querer infinito.

(Por eso... y porque quiere y sabe perdonar, de veras, hasta la médula. Aunque este punto daría paso a un sinfín de sabrosas consideraciones, me limitaré a citar una de ellas, expresada de forma certera por Étienne Gilson: «El Dios de nuestra Iglesia no es solo un juez que perdona, es un juez que puede perdonar porque es, primero, un médico que cura».)

Verdades que desembocan y se remansan en estas otras palabras de Joubert:

«A mi entender, nuestras buenas cualidades son *más* nosotros que nuestros defectos. Cada vez que N no es bueno, es porque es diferente a sí mismo».

A mi entender, nuestras buenas cualidades son *más* nosotros
que nuestros defectos. Cada vez que N no es bueno,
es porque es diferente a sí mismo.

(A cuanto vengo diciendo, podría oponerse una objeción... que me parece merecedora de una respuesta, aunque solo sea esbozada. Se afirma, con bastante razón: «cuando alguien se enamora, sobre todo en los primeros momentos —días, semanas...—, resulta ciego para los defectos de aquel o aquella que lo ha encandilado... y que quienes lo rodean perciben como patentes e innegables».

Se produce, por tanto, un defecto de percepción, una perturbación en nuestro modo de ver al otro, que algunos incluso califican de «insania» o de «enfermedad».

Aclaro en primer lugar que a ese estado primerizo (o, mejor, antecedente) del amor, prefiero denominarlo, con una palabra castellana hoy un tanto en desuso, «enamoriscarse», y no propiamente «enamorarse». Y esto, porque, como he explicado otras veces, el amor maduro no excluye en absoluto el seguir enamorado, sino que más bien lo potencia hasta el máximo. ¿Qué mujer, pongo por caso, se quedaría tranquila y satisfecha cuando, después de 10 ó 12 ó 20 años de matrimonio, su marido le dijera: «te quiero mucho, pero ya no estoy enamorado de ti»? Estimo que sería como para echarse a temblar.

De todos modos, con independencia del nombre que le demos, en esa primera fase de encandilamiento sucede algo muy peculiar: el chico o la chica (o las personas adultas en idénticas circunstancias) experimentan en sí algo absolutamente nuevo, arrebatador, maravilloso. Algo que les produce una felicidad tan asombrosa... que de ningún modo querrían perder.

La situación, entonces, es ambigua: por un lado, aman (o, al menos, creen amar) a la persona que provoca tal exaltación; por otro, quieren con todas sus fuerzas la situación personal de arrobamiento en que esa persona los coloca. En definitiva, como suele decirse, están más enamorados del amor (de sí mismos en cuanto enamoriscados) que de la persona a la que creen amar... pero todavía no aman.

Y justo porque su amor no ha madurado lo suficiente, porque se quieren en fin de cuentas a sí mismos, de ningún modo están dispuestos a permitir que la situación se modifique. Es entonces, y por los motivos apuntados, por lo que, sin plena conciencia, se niegan a admitir cualquier tacha o defecto que hiciera caer de su pedestal a la persona idolatrada... y eliminara en ellos la maravillosa sensación de experimentar el «amor».

En consecuencia, no es el amor al otro el que engendra la ceguera, sino más bien al amor a sí mismo, que solo de forma muy impropia puede considerarse amor (e incluso podría manifestar un cierto egoísmo o amor propio y desordenado).

La clarividencia del amor permanece, pues, incólume. La ley que he enunciado no admite excepciones.)

②. Amar supone, por tanto, en consonancia con cuanto vengo apuntando, conocer a fondo lo que el ser querido es en el presente y, en vehemente progresión, lo que está llamado a ser, su ideal futuro. Y ese ideal resultará más concreto y perfilado a tenor de la hondura inteligente del cariño. Pues, en efecto, lo que comentaba Ortega a propósito del arte y de la imagen sensible, resulta por completo aplicable a cualquier otro acto de amor y a los contornos más eminentemente espirituales.

Cada fisonomía —escribe el filósofo español— suscita como en mística fosforescencia su propio, único, exclusivo ideal. Cuando Rafael dice que él pinta no lo que ve, sino "*una certa idea che mi viene in mente*", no se entienda la idea platónica que excluye la diversidad inagotable y multiforme de lo real. No; cada persona trae al nacer su intransferible ideal. ¡Cuántas veces nos sorprendemos anhelando que nuestro prójimo haga esto o lo otro porque vemos con extraña evidencia que así completaría su personalidad!

Todo esto no son teorías más o menos sugerentes o atractivas o utópicas... o disparatadas; sino verdades fecundas, cargadas de un sinnúmero de repercusiones prácticas, vitales.

- Apuntaré solo una, aplicable al conjunto de quienes, en un sentido u otro, tenemos la función de educar:

- ❖ Cuando no somos capaces de descubrir los caminos por los que enderezar a las personas a nuestro cargo, o cuando sus defectos toman la delantera sobre sus cualidades y nos impiden reconocer la amable realidad de estas últimas, ni el diagnóstico ni la terapia son en exceso complicados: en el fondo suele esconderse una falta de buen amor.

- ❖ Y el adecuado tratamiento consiste, entonces, en un incremento eficaz de nuestro cariño.

- Habrá sin duda, especialmente en determinadas ocasiones, que entender algo de pedagogía o de psicología o acudir a los expertos en estas disciplinas.

- ❖ Pero lo que importa ante todo es implementar el calado y la enjundia de nuestro amor, hacerlo más hondo, más desprendido e intachable (venciendo, pongo por caso, ante una o varias acciones reprobables, ese enfado inicial que sin pretenderlo, a causa de nuestro enojo, distorsiona la percepción, así como esa especie de afrenta *personal* que en ocasiones experimentamos cuando un ser querido —un hijo, sobre todo— parece que *nos falla*).

- ❖ Y entonces, la intensificación del alcance y penetración de nuestro conocimiento nos permitirá «ver» lo que el educando necesita y, además, impulsará a éste a avanzar en los caminos de su propia mejora.

3. LAS AMABLES EXIGENCIAS DEL CARIÑO

3.1. Avivar el proceso de mejora

Pues es verdad que *el amor* no solo *descubre* la futura perfección de quien estimamos, sino que, en sentido estricto, la *exige*, la reclama. El amor —respetando siempre la libertad ajena— *obliga amablemente a perfeccionarse*.

El amor exige amablemente la plenitud del amado

Por eso, cuando el despliegue formativo parece detenerse, el acrecentamiento de los bríos amorosos no solo logra apreciar los senderos del adelantamiento del ser querido, sino que le impulsa a dar los pasos imprescindibles en esa dirección. Basta con querer mejor, de manera más gratuita y desinteresada, con más nítido abandono, con mayor entrega: no son necesarios muchos más medios. El buen amor —el de dos cónyuges cabales, pongo por caso— consigue mejorar al otro con la sola fuerza del afecto, sin necesidad apenas de palabras. Es el propio vigor del amor el que incita a progresar a aquel a quien se lo otorgamos.

¿Por qué motivos?

1) Antes que nada, porque así, al corregirse, quien se descubre amado va advirtiéndose también menos indigno del querer que gratuitamente le consagran.

2) Además, y sobre todo, porque nuestra predilección está poniendo ante su vista, quedamente, sin gritarlo, su propio ideal. Como apuntaba, cuando queremos de veras no amamos tanto lo que la persona es, cuanto ese grado de plenitud final —el proyecto perfectivo futuro, en palabras de Scheler— que, en fuerza del cariño que da pujanza a nuestra inteligencia, hemos descubierto.

Queremos a nuestros amigos, a nuestro cónyuge, a nuestros hijos, sin impacientarnos —contando con el tiempo y la acción de Dios—, en toda esa apoteosis que el despliegue portentoso de su propio ser está llamado a alcanzar. Y, como advirtiera ya Goethe, al anhelarlos mejores de lo que son actualmente, les alentamos a avanzar en el camino de su propia superación.

De esta suerte, gracias al cariño que le dispensamos, aquel a quien pretendemos perfeccionar conseguirá lo que por sí solo difícilmente lograría.

Gracias al amor, la persona querida logra
lo que por sí solo difícilmente conseguiría

Con palabras del filósofo Jean Guittou, recientemente fallecido:

Así, lo que el ideal moral nos obliga a realizar, a saber, ese "segundo ser" superior a nosotros mismos que es nuestro modelo, el amor nos permite obtenerlo de buen grado, de muy buen grado [...]. Es tan difícil igualarse a sí mismo, por sí mismo, con un yo que está por encima de sí, como fácil es hacerse semejante a ese modelo de sí cuando es proyectado sobre uno mismo por el ser que nos ama. En los dos casos hay una especie de ilusión, puesto que se propone una imagen de algo aún inexistente. Pero, cuando esta imagen proceda del amor de otro ser, tiene una potencia creadora. Por eso cada uno de nosotros actúa, realiza y hasta existe en proporción a lo que le cree capaz quien lo ama. El secreto de la educación es imaginar a cada ser un poco mejor de lo que es en realidad. ¿Qué soy yo, pues, sino lo que creen de mí los que me aman? Cuando la conciencia se cierra sobre sí misma, se seca y se atormenta y cuando se abre al amor se libera de sus cadenas interiores. Pero la conciencia solo se abre cuando acoge al amor; así, en el circuito del amor la respuesta contiene más que la demanda y el don que se recibe más que el don que se hace.

En resumen, la reacción amorosa al amor que concedemos a alguien es, con cadencia insoslayable, *incremento de su propio ser*. Como, al quererlo, lo queremos bueno, cumplido, activamos el despliegue de su personal perfeccionamiento, avivado por la energía inconmensurable que nuestro cariño le aporta.

Con magnífica intuición femenina lo expresaba Philine, la enamorada de Amiel, en la carta con que respondía a una probable regañina, también epistolar, de éste:

Mis desigualdades desaparecerán en cuanto esté a tu lado para siempre. Contigo mejoraré, me perfeccionaré, sin límites; porque a tu lado la saciedad y la desunión serán

inconcebibles. No sabrás todo lo que valgo hasta que no pueda ser, junto a ti, todo lo que soy».

¡«Junto a ti», *gracias a ti*, a las fecundísimas energías que tu amor me proporcionará!

¡Junto a ti! = ¡gracias a ti!

3.2. Con manifestaciones muy concretas

Las consecuencias de cuanto venimos viendo en estas últimas páginas son asimismo abundantes. Señalaré algunas de ellas.

①. La primera, el sentirse indigno del amor que a uno le ofrendan, por ejemplo, en la vida conyugal. Tengo que reconocer que uno de los hechos que más me han emocionado a lo largo de mi experiencia como marido y en el trato prolongado con otros matrimonios, es que tantas veces, y no solo en los inicios de la existencia en común, uno de los esposos dice al otro: «te quiero con locura, incondicionalmente, y no comprendo, al mirar dentro de mí, cómo tú puedas amarme»; y la respuesta del cónyuge consiste en volver la oración por pasiva: «no, soy yo quien está encandilado contigo, y, conociéndome, me resulta imposible creer que me hayas elegido como esposo o esposa».

Algunos considerarán todo esto romanticismo barato, y así me lo exponía no hace mucho, al final de una conferencia sobre el tema, una persona que concluyó su perorata diciendo: «¡yo sé muy bien las cualidades que tengo, y por las que mi mujer se ha enamorado de mí!». Reconozco que su intervención —en la que me acusaba de sentimentalismo y de ser más empalagoso que el propio Bécquer— me produjo una enorme pena. Tuve que contar hasta veinte, porque lo que el alma y la lengua me pedían era amonestarle de inmediato con la expresión «¡desgraciado!». Y esto, no en tono de recriminación ni mucho menos ofensivo, sino porque se estaba perdiendo lo más gratificante del amor, que es justo la certera sensación de que no lo merecemos.

- Como sostiene Étienne Rey, «para gustar plenamente de la felicidad, no hay como *sentirse indigno* de ella».

- Y Marta Brancatisano: «ser amados cuando somos los héroes o los primeros de la clase ni siquiera nos produce mucha satisfacción; pero ser amados cuando somos y nos comportamos como unos gusanos... ah, esto sí que es algo que conmueve las entrañas del mundo, algo que provoca un estupor capaz de *dar nueva vida* a quien recibe un amor así», injustificado, gratis.

Ser amados cuando «no lo merecemos»
es causa de un crecimiento y una gratitud inimaginables

Y en el amor conyugal, todo es gratuito. Ciertamente, cualquier persona merece ser amada por su simple condición personal (también gratuita, fruto de la

liberalidad creadora); pero que alguien haga de nosotros el objeto exclusivo de sus amores, que se obligue mediante una promesa irrevocable a entregárenos de por vida y luche día a día por cumplirlo, en los momentos de alza y en los de bancarrota, eso nadie lo puede exigir, pues es resultado de una decisión completamente libre, que reclama nuestra entera gratitud... y nuestra correspondencia, también libre y gratuita, por más que la afirmación resulte paradójica.

De suerte que, aunque son muchas las razones que explican la especie de contradicción que acabo de exponer —reconocerse recíprocamente indignos del amor que nos otorgan—, una de ellas consiste, muy en concreto, en que quien ama no advierte solo lo que realza ahora al sujeto amado, sino toda la plenitud que está destinado a encarnar y que el amor descubre. Y, como dentro de cualquier matrimonio cabal, cada uno de los cónyuges quiere al otro más que a sí mismo, también detecta en él muchas más virtudes y posibilidades de crecimiento que las que el otro alcanzaría por mera introspección. Y así, con toda esa maravilla, es como hace reposar en él su afecto.

②. Otro de los efectos inesquivables del amor, ya antes aludido, es que, en cuanto alguien se enamora y se descubre correspondido, con independencia de su edad, condición social, estado de salud, etc., formula inevitablemente *un propósito de mejora*, para hacerse *menos indigno* del amor que le están regalando.

Por eso, cuando escuchamos respecto a alguna persona la triste afirmación de que «no ha sido nada en la vida», podemos estar seguros de que nadie la ha amado de veras.

❖ Es sin duda el sentido que encierra esta sentencia de Gautier: «Nada contribuye a hacer malo a un hombre, como el no ser amado».

❖ Y probablemente el que cabría asignar a las siguientes afirmaciones de Niemeyer: «El amor engendra amor e incluso la naturaleza ruda no siempre alcanza a resistir su fuerza. Si muchísimos hombres hubieran hallado más amor en su infancia y su juventud, se hubieran humanizado en mayor grado».

En consonancia con estas últimas palabras, la consecución de una vida lograda es tantas veces fruto de la conciencia de ser queridos y de la confianza inquebrantable que quien lo ama —una madre, pongo por caso— deposita en aquel a quien quiere... y hace surgir en él.

(Antonio Millán-Puelles, uno de los más eminentes filósofos contemporáneos, repetía, con gratitud convencida y en la intimidad, que lo que había llegado a ser en la vida lo debía en buena medida al cariño de su madre, que le instaba llena de fe: «Hijo mío, tú serás algo grande»).

③. Por fin, podríamos referirnos al egoísta. Suele considerarse como definitorio de esa condición el que la persona enclaustrada en sí misma se niegue con más o menos conciencia a querer a los demás; pero esto, en ocasiones, puede ser solo el resultado de una mala educación o de un temperamento no corregido...

Mucho más revelador del efectivo egoísmo es, por el contrario, que quien se encuentra aquejado por este defecto capital *rechace ser amado*: justamente porque advierte que, con el cariño recibido, habría de esforzarse por mejorar, saliendo de sí y queriendo a su vez... y no está dispuesto a soportar los sacrificios —sabrosísimos, por otra parte, aun cuando él lo ignore por falta de experiencia— que impone «el amar por ser amado».

El egoísta rechaza ser amado... porque no quiere amar

3.3. Y el esfuerzo de la propia entrega

Corroboración en el ser, exigencia de plenitud, descubrimiento de una perfección que uno mismo no percibe en sí, anhelos impetuosos de mejora...

①. Mucho mejor lo ha dicho el poeta, en el que considero todavía como el más iluminado canto amoroso en castellano de todo el siglo XX, *La voz a ti debida*, de Pedro Salinas:

Perdóname por ir así buscándote / tan torpemente, dentro / de ti. / Perdóname el dolor, alguna vez. / Es que quiero sacar / de ti tu mejor tú. / Ese que no te viste y que yo veo, / nadador por tu fondo, preciosísimo. / Y cogerlo / y tenerlo yo en alto como tiene / el árbol la luz última / que le ha encontrado al sol. / Y entonces tú / en su busca vendrías, a lo alto. / Para llegar a él / subida sobre ti, como te quiero, / tocando ya tan solo a tu pasado / con las puntas rosadas de tus pies, / en tensión todo el cuerpo, ya ascendiendo / de ti a ti misma. / Y que a mi amor entonces le conteste / la nueva criatura que tú eras.

(El verso final, con el verbo en pasado, representa la cumbre de esta tan inspirada composición:

Salinas afirma aquí que el despliegue personal de todo ser humano es justo eso, desarrollo; y que el conjunto de su plenitud se encontraba de algún modo contenido en el ser que Dios le dona en el momento mismo de su creación.

Nuestra tarea es desenvolver esa riqueza hasta alcanzar, al término de la vida, aquello que, hasta cierto punto, ya éramos desde el comienzo —la belleza está cerca del origen, afirmaba Goethe—.

Y para lograrlo necesitamos del amor de los otros.)

También Gregorio Marañón, en uno de los pasajes del estudio sobre Amiel que antes citaba, lo expresa con acribia insuperable... con tal de que lo que afirma de la mujer se aplique con idéntico vigor al varón:

«Amiel ignoraba que la mujer ideal no se encuentra, en ese estado de perfección, casi nunca: porque, por lo común, no es solo obra del azar, sino, en gran parte, obra de *la propia creación* [...]. El ideal femenino, como todos los demás ideales, no se nos da nunca hecho; es preciso *construirlo*; con barro propicio, claro está, pero lo esencial es construirlo *con el amor y el sacrificio* de todos los días, exponiendo para ello, en un juego arriesgado, a cara o cruz, el porvenir del propio corazón».

② Llegados a lo cual considero conveniente insistir sobre un aspecto.

Parece indudable que el amor, ese querer que alguien sea y obtenga la riqueza definitiva encerrada en su ser, se configura como el motor de toda educación, de cualquier intento de ayudar a otras personas.

Pero quisiera recordar que, justo por tratarse de personas, cada una de ellas es irreplicable, y su perfección —gozando de cierta analogía con la de los demás— se conforma también de una manera estrictamente singular e irreiterable: única.

Por eso, lo que siempre debemos perseguir a través del amor más acendrado es que el ser a quien queremos alcance su propio apogeo: el suyo, realmente distinto del de cualquier otro individuo humano entre los que existen, han existido o existirán... y también del nuestro propio.

- ◆ Recuérdese que Aristóteles definía el amor como «querer el bien del otro *en cuanto otro*».
- ◆ Y evóquense también las palabras dirigidas por Unamuno a un escritor novel, que se quejaba ante el maestro de que su producción no era suficientemente reconocida. Don Miguel le contestó:

No te creas más, ni menos *ni igual* que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia, pon tu principal empeño.

«No te creas más, ni menos *ni igual* que otro cualquiera,
que no somos los hombres cantidades.
Cada cual es único e insustituible;
en serlo a conciencia, pon tu principal empeño».

Lo apunta asimismo Julián Marías, aunque desde una perspectiva un tanto diversa, que subraya más las necesidades del amante que la búsqueda del bien de la persona amada. Con todo, rectificando levemente el punto de mira, cuanto afirma constituye un resumen plenamente aprovechable en nuestro propio contexto:

Lo que he llamado la “insaciabilidad” del amor quiere decir que no se contenta con ninguna abstracción, que no le basta tal o cual aspecto de la persona amada, sino que aspira a ella en su integridad, pasada, presente y futura, corporal y anímica, sentimental e intelectual, en este mundo y en el otro.

En su realidad temporal, a lo largo de la vida —no perdamos de vista que la vida humana es un transcurso o decurso argumental, en que el tiempo vivido se va sedimentando y permite desde él la anticipación del futuro pre-vivido—, el amor consiste muy principalmente en dejar ser. Esta es la raíz de su imprescindible respeto, compatible con su avidez que llega hasta la insaciabilidad de que acabo de hablar. El que ama necesita tanto a la persona amada, que tiene que dejarla ser lo que es, lo que tiene que seguir siendo.

Lo único que puede hacer activamente sobre ella es estimular el nacimiento de lo más propio y lo mejor, ayudarla a descubrirse, a verse como en un espejo que le ofrece el que

la ve. El que quiere transformar a la persona amada —error tan frecuente— no la ama de verdad, ya que esto lleva a querer que sea lo más posible ella misma, y por eso se limita a intentar despojarla de adherencias postizas, para dejar su realidad exenta, no para cambiarla por la propia o por la personalmente preferida.

Y con esto podemos pasar al siguiente punto.

AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- En este tema hemos dicho que “si siempre resulta al menos imprudente juzgar a un varón o a una mujer, la cuestión deviene un despropósito cuando se trata de calibrar a alguien a quien no se ama muy de veras”. ¿Sabrías explicar por qué? ¿Crees que juzgar a un varón o a una mujer es *siempre y en todos los casos* una imprudencia? ¿Qué le dirías a aquellos que piensan que para juzgar con objetividad tiene que existir una distancia afectiva infranqueable entre juez y parte?

- En estas páginas ha aparecido en varias ocasiones la palabra “belleza”. Creo que puede ser muy interesante que dediques unos minutos a reflexionar sobre el concepto de belleza y su relación con el amor.

“A los que se aman se les concede el privilegio especial de ver con una increíble intensidad la belleza del que aman...” (von Hildebrand)

“La belleza está cerca del origen” (Goethe)

¿Qué sentido tiene el término “belleza” en cada una de estas afirmaciones?

- Dice Niemeyer: «El amor engendra amor e incluso la naturaleza ruda no siempre alcanza a resistir su fuerza. Si muchísimos hombres hubieran hallado más amor en su infancia y su juventud, se hubieran humanizado en mayor grado». Después de estudiar esta lección, ¿sabrías explicar en qué sentido/s podemos decir que el amor *humaniza*?

- Es de sobra conocida la siguiente frase de Píndaro: los hombres estamos llamados a “llegar a ser lo que somos”. ¿Qué piensas que quiere decir Píndaro? ¿En qué medida —si es que lo es en alguna— es importante el amor para “llegar a ser lo que somos”? ¿Cómo interpretas esta frase a la luz de lo expuesto en estas páginas?

IV. ENTREGA

1. DONACIÓN PERSONAL Y GRATUITA

1.1. «Tú, solo tú»

La entrega de la propia persona representa la más realista culminación del amor. La cuestión suelo expresarla como sigue: incrementada merced al cariño la agudeza de su entendimiento, quien ama descubre toda la maravilla que el ser querido encierra virtualmente en su interior y la aventura de mejora a que se halla destinado.

Y entonces, sin palabras por lo común, sino con la propia vida, no puede por menos que decir:

«¡Vale la pena que yo me ponga plenamente a tu servicio para que *tú* alcances ese portento de perfección y belleza que estás llamado a ser y que yo, en fuerza de mi amor, he descubierto en ti!»

¡Vale la pena que yo me ponga plenamente a tu servicio!

Es en ese mismo momento cuando se comienza a conjugar la vida en segunda persona singular y primera del plural: tú y nosotros; cuando se empieza a ver no solo con los propios, sino también y fundamentalmente con los ojos y el entendimiento del amado; cuando todo se anhela y desea a través del corazón de quien se estima.

(Muchísimas son las circunstancias en que todo esto se manifiesta con sencillez, sin aspavientos, demostrando en cualquier caso que la entrega representa la medida del fidedigno amor; sin ir más lejos: en la existencia cotidiana de una buena familia, en la que

cada uno, conforme va madurando, tiende a subordinar sus propios intereses a los deseos de los demás, y en la más o menos excepcional de las personas dedicadas por vocación al servicio de los otros.)

La pregunta que surge entonces, casi sin pretenderlo, es la siguiente. ¿Qué aspiran a intercambiarse los que se quieren?, ¿qué es lo que ambiciona ofrecer el enamorado al objeto de su devoción?

① Una primera contestación se encuentra implícita en cuanto hemos visto hasta el momento, e interesa ponerla de relieve.

Suele decirse, y con razón, que amar es un acto complejo que engloba y articula dos bienes: *a)* el bien terminal y supremo del amado, que siempre será en fin de cuentas una persona; y *b)* el bien —de muy diversos tipos— que precisamente porque lo amamos, deseamos entregar al ser querido: un determinado objeto, un servicio material o espiritual, una oportunidad de mejora, una palabra de ánimo y apoyo ante un conducta adecuada o de reprensión y corrección ante un comportamiento erróneo...

Amar es siempre, en trabazón indisoluble, querer y procurar algo bueno para alguien (también bueno, al menos ontológicamente, ya que, como vimos, la persona es lo más precioso que existe en la naturaleza).

② Y, después de esta última observación —la persona como bien supremo— la respuesta ya definitiva podríamos encontrarla, de nuevo, en unas palabras de Salinas. Unos versos que constituyen a la par toda una síntesis de la antropología del regalo y, por ello, de la condición de persona: pues ésta, como veremos, se encuentra natural e íntimamente orientada al don, a la dádiva.

«¿Regalo, don, entrega?» —se pregunta el poeta—.

Y contesta:

Símbolo puro, signo / de que me quiero dar. / Qué dolor, separarme / de aquello que te entrego / y que te pertenece / sin más destino ya / que ser tuyo, de ti, / mientras que yo me quedo / en la otra orilla, solo, / todavía tan mío. / Cómo quisiera ser / eso que yo te doy / y no quien te lo da.

1.2. El sentido del regalo

¿Por qué una antropología del regalo? Sugeriré tan solo. Aunque todos tenemos conciencia de nuestra propia pequeñez e incluso de la mezquindad ocasional de algunas de nuestras actuaciones, la índole personal de cada sujeto humano lo eleva a una altura tan prodigiosa, tan disparatada, que hace que también para él resulte válido, plenamente efectivo, el siguiente aforismo: «es tanta la perfección radical de la persona, que nada se muestra digno de serle regalado si resulta menor que... ¡otra persona!; cualquier realidad distinta que se le ofrende

se queda corta, chata, permanece muy por debajo de lo que la densidad personal reclama».

En semejante sentido sostenía Emerson: «Las sortijas y las joyas no son regalos, sino disculpas por los regalos. El único regalo es una porción de ti mismo».

¿«Una porción de ti mismo»? *Todo* tu ser, corregiría yo, remedando a San Juan de la Cruz: «Allí me dio su pecho, / allí me enseñó ciencia muy sabrosa, / y yo le di de hecho / a mí, sin dejar cosa; allí le prometí de ser su esposa».

Y, en verdad, el regalo sólo realiza su función en la medida estricta en que en él se encuentre comprometida, y como encarnada o condensada, *la entera persona* que lo hace.

El regalo realiza su función en la medida en que en él se encuentre comprometida la persona que lo hace.

Esto lo sabían muy bien las culturas antiguas, por ejemplo, la griega; y, así, cuando Telémaco intenta retener a Atenea, disfrazada de forastero, y le ofrece «un presente, un regalo inestimable y hermoso que será para ti un tesoro de mí, como los que hospedan dan a sus huéspedes», Atenea, la de los «ojos brillantes», le contesta: «No me detengas más, que ya ansío el camino. El regalo que tu corazón te empuje a darme, entrégamelo cuando vuelva otra vez para llevarlo a casa. Escoge uno bueno de verdad y tendrás otro igual en recompensa».

Pero, por desgracia, la profundidad de ese gesto se ha ido abandonando en el mundo «civilizado» de hoy. Y los grandes almacenes —con sus ofertas anónimas ya dispuestas y bien embaladas... y con sus impersonales «tarjetas-regalo»— no ayudan mucho a reparar esa pérdida. No obstante, también ahora sigue siendo cierto que, con independencia absoluta de su valor material, un regalo vale lo que valga la persona que se ha implicado en él: tiempo, atención, conocimiento del ser querido y de sus circunstancias actuales, de sus ilusiones del momento...

¿Recuerdan la escena memorable de *El club de los poetas muertos*, cuando los mismos enseres de escritorio, regalados por dos años consecutivos al co-protagonista, salen volando, por despecho, desde lo alto del pequeño *cavalcavia* que une dos edificios?

Estamos ante un ejemplo elocuente de lo que, por desgracia, prolifera en nuestra cultura: el regalo se utiliza en ocasiones —incluso entre padres e hijos—, no como manifestación de amor y símbolo de entrega, sino como simple gesto epidérmico movido más por la rutina que por el cariño, o como medio para aplacar la propia mala conciencia por la escasa atención que prestamos a quienes deberíamos querer, y para «comprar» y con ello «prostituir» a unos hijos a los que no se atiende convenientemente y de los que sobre todo se desea, a menudo sin advertirlo, mimos y agradecimientos periféricos o incluso... que nos dejen en paz.

En el extremo contrario, emociona todavía el embeleso con que recibe la madre esos cuatro trazos mal dispuestos que el hijo o la hija de muy pocos años le ofrece con ocasión de su santo o cumpleaños o del día de la madre. Bosquejo que no vale nada, absolutamente nada... ¡excepto toda la persona del niño!, que se ha volcado en su elaboración durante una, dos o más semanas. Las madres aprecian efectivamente la valía de esa muestra de entrega, aunque su precio comercial sea nulo y menos que nulo.

Lo ha expuesto también, con singular eficacia, Alberoni:

«En la vida cotidiana —explica— vale el principio del intercambio calculable: si te doy una cosa quiero algo a cambio y debe ser del mismo valor». Entre quienes se aman, por el contrario, «no hay ninguna contabilidad entre lo que doy y lo que recibo. Cada uno le hace dádivas al otro: las cosas que le parecen bellas, algo que hable de sí, que se lo recuerde al amado. Pero también cosas que agradan al otro, que el otro ha nombrado o conservado. A menudo el don es acto imprevisto, un gesto espontáneo que simboliza la donación de sí, la propia disponibilidad total. Pero el don no espera otro don, no espera ser recambiado. Al hacer un don la cuenta se iguala de inmediato: basta que el otro lo aprecie, que esté contento. La alegría del otro vale más que cualquier objeto. De esta manera, entre los dos hay un darse dones, pero sin intercambio». Y, al contrario, «cuando se desencadena una contabilidad de los dones, un “yo te he dado y tú no”, es que el enamoramiento —¡el amor!— está a punto de terminar. Cuando cada uno exige contabilidad del dar y tener, es que ha finalizado por completo»... o, quizá, que nunca había nacido.

2. LA INCLINACIÓN PERSONAL A DARSE

2.1. El hombre, un ser para el amor... y la felicidad

①. Prosiguiendo con nuestro tema, desde el momento en que se advierte con claridad que la entrega constituye la coronación y el compendio del amor, su elemento más definitivo y el que le otorga el sello de la autenticidad, se torna evidente que, al contrario de lo que sucede con las personas, hablar de amor entre animales es solo una pobre metáfora.

El animal no puede amar porque no puede entregarse; y no es capaz de hacerlo, en última instancia, porque no se pertenece a sí mismo; el ser de las realidades infrahumanas viene a reducirse a una simple porción o fragmento del conjunto del cosmos material, una especie de «préstamo ecológico», que surge de la materia durante cierto tiempo y más tarde desaparece sin dejar ninguna huella cabalmente *individual* (como vimos, cada animal solo tiene sentido *en función de* su especie, del conjunto de las realidades materiales y, en fin de cuentas, de la persona humana); y siendo así, al no poseer estrictamente su ser, no pueden ofrecerlo a nada ni a nadie y, por ende, son incapaces de querer, si entendemos este término en su sentido más propio y colmado.

La situación del hombre es muy distinta. Al hombre le cabe amar porque sí puede ofrendarse. Como su ser se lo ha concedido Dios en propiedad privada —inalienable e inamisible—, en el momento sublime en que se enamora, cuando de verdad quiere a alguien, con un acto supremo de generosidad puede disponer de ese ser para otorgarlo efectivamente a la persona que ama (de por vida y en todas sus dimensiones, si se trata del amor conyugal).

Ahora bien, a esta que podríamos definir como condición constitutiva de la entrega, se añade una especie de requisito existencial o vital, de andar por casa; y es que, en el acontecer diario, ese hombre o esa mujer sean también dueños de sí: que su voluntad impere sobre sus instintos (o tendencias) y los domine, atemperándolos o inflamándolos, según sea el caso.

Y esto siempre, no solo en la vida sexual sino en todas y cada una de las circunstancias del humano existir: quien no es señor de sí mismo, aquel cuyo humor y estado de ánimo dependen de cómo se encuentra físicamente, de la tensión arterial, del clima, de la ausencia de contrariedades, del éxito de los planes establecidos para los fines de semana o las vacaciones, de la posesión de determinados enseres o instrumentos..., difícilmente podrá amar de forma cabal, puesto que, no poseyéndose —sino resultando más bien *poseído* por ese conjunto de circunstancias—, resultará incapaz de entregarse de manera eficaz y positiva.

②. Y, con ello, frustrará la propia existencia. El varón y la mujer están destinados al amor; y como éste culmina en la entrega, tanto uno como otra aspiran naturalmente a darse, en reciprocidad.

- ◆ No es difícil entender esta inclinación constitutiva, casi definitoria (el hombre *es* un ser-para-el-amor). Si amar es querer el bien para otro, lo lógico es aspirar a dar a quien se ama locamente el propio ser personal, que no solo es un gran bien, sino *el mayor* que uno posee. Pues, como estudiamos en su momento y acabo de recordar, la persona es «lo más perfecto que existe en toda la naturaleza» (*perfectissimum in tota natura*, según la expresión ya clásica).
- ◆ Y la gran paradoja es que solo así, al prodigarse, al olvidarse de sí, al des-vivirse, alcanza la persona la propia plenitud y felicidad vitales (la felicidad humana será objeto de estudio más adelante).

El hombre solo es radicalmente hombre, persona, si y en la medida en que persigue el bien del otro en cuanto otro, en que *se entrega por amor*.

(Y en esa misma proporción crece como persona y, sin buscarlo en absoluto —más aún, *con la condición* de no perseguirlo—, se siente feliz, dichoso).

El hombre solo lo es radicalmente cuando *se entrega por amor*.

O, dicho con palabras distintas, el darse es constitutivo del sujeto humano, lo que le permite ser persona íntegra, completa. Lo recuerda la *Gaudium et spes*,

en un pasaje comentado con frecuencia por Juan Pablo II: «El hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás».

Si no aman, el varón y la mujer no se cumplen como personas. Más aún, van deshaciendo, dilapidando, la grandeza de su propia condición.

Así lo explica, con la autoridad que otorgan largos años de experiencia como psiquiatra, Juan Cardona Pescador:

Por el amor el ser humano recibe su cualificación definitiva: según como sea su amor se realiza en su plenitud existencial o se desnaturaliza. La disyuntiva depende de la cualidad y de la intensidad de su amor. Solo dando y dándose es como la persona vive como persona y alcanza la plenitud de su ser libre. Se desnaturaliza si no quiere amar, si libremente comprime sobre sí mismo su capacidad de querer, determinando el vacío existencial del desamor querido.

2.2. La fecundidad característica de la persona

¿Cuál es la razón de esta exigencia de darse? En otro momento, al hablar de la felicidad, lo expondré con más extensión. Aquí bastará con responder:

El motivo por el que el varón y la mujer tienden naturalmente a entregarse es justamente su *grandeza*, su inmensa riqueza o densidad ontológica.

El motivo por el que el varón y la mujer tienden naturalmente a entregarse es justamente su *grandeza* ontológica.

①. A la persona (de manera primordial a las Tres Personas divinas, pero también a las personas creadas), en virtud de su superior grado de ser, y en contraposición con todo lo infrahumano —que a causa de su indigencia busca en exclusiva la propia perfección... para de hecho ser sometido sin reservas a su especie y al «bien» del cosmos en su conjunto—, parece como si «le sobrara» realidad: de ahí que se encuentre íntimamente inclinada a darse, a olvidarse de sí misma y perseguir, mediante el amor, el perfeccionamiento ajeno.

Lo sugiere de manera un tanto indirecta, pero con fina intuición, Mercedes Arzú de Wilson:

«El niño indefenso —explica—, al menos en las primeras etapas de su desarrollo, parece ser solo un conjunto de necesidades. Pero el niño es más que eso; es un ser espiritual». Por tanto, continúa, «lo que posteriormente se revela como decisivo es si el niño es [o no] amado y si la satisfacción de sus necesidades va acompañada de amor. De hecho, es más importante que el niño sea amado a que un determinado número de sus necesidades objetivas no se satisfaga».

Lo que la condición personal del ser humano reclama, desde sus primerísimos vagidos, no es precisamente la satisfacción egotista de las propias carestías, sino la apertura infinita al don recíproco.

Se entiende, entonces, el grito del poeta: «¡cómo quisiera ser eso que yo te doy, y no quien te lo da!». Y se lo comprende también en cuanto anhelo nostálgico y siempre insatisfecho (¡cómo *quisiera!*). En efecto, por razones que ahora no es necesario explicar, pero que resultan de evidencia común, el hombre y la mujer, por más que se empeñen, no pueden entregar de una vez, definitivamente y por completo, todo su ser.

Incluso cuando llevan a término un compromiso de amor exhaustivo y para siempre, que alcanza en ocasiones las dimensiones sexuales, siguen siendo, por decirlo con el poeta, «demasiado *suyos*».

También en este caso, la lírica lo expresa con galanura: «Qué pena ser dos, quererse / y estar llenos de delirio. // Qué pena ser dos, qué pena / pensar que son dos caminos... / Ay, qué tremendo es pensar / que dos nunca son lo mismo, / que dos vientos diferentes / llevan camino distinto».

②. Donación, pues, pero implacablemente limitada. De ahí que, además de añadir al compromiso la fidelidad, entre los hombres la entrega del ser tenga que traducirse en ofrenda de otras realidades que de algún modo compendien ese ser íntimo y constitutivo.

Y, entre todas ellas, la traducción más común y significativa es la ofrenda (nada alienante) de la propia voluntad, de la capacidad de querer, de la libertad.

Puesto que en manos de la voluntad se encuentran las riendas de todas nuestras facultades y operaciones, al entregar a quien amamos nuestra voluntad (e identificarla con la suya), le ofrendamos, en cierto modo, *todo* lo que somos: nuestra *persona* íntegra.

Tal vez con cierta imprecisión metafísica, pero con suma eficacia, lo expresa Mauro Leonardi:

¿Cómo se puede amar? La respuesta es obvia: dando la propia vida. Pero si la pregunta se precisa aún más, y se interroga: ¿qué es lo que el hombre posee en su vida como propio, qué significa entonces "dar la vida"?, la única respuesta posible es: entregar la libertad. Nada de cuanto el hombre es le pertenece: todo es un don de Dios. Solo la libertad del hombre le pertenece en propiedad, y esto justo porque Dios ha querido crear al hombre libre, es decir, donarle en propiedad una libertad, que el mismo Dios tutela con infinita delicadeza en cualquier instante de la vida humana.

Por eso, como resultado de una genial intuición poética, Miguel Hernández esculpió en el frontispicio de la más conocida de sus elegías: «En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto, como del rayo, Ramón Sijé, *con* quien tanto quería» (y no *a* quien tanto quería, como a menudo se dice e incluso se ha escrito o cantado —me viene a la memoria, entre otras, la versión de este poema realizada por Serrat—).

El fruto privilegiado de la entrega es la identificación de voluntades:
el *querer con*, que eleva e incluye al *querer a*.

Por eso, ¡qué inmensa y conmovida alegría cuando dos personas a quienes la vida ha unido durante largo tiempo en luchas, socorros y dádivas, o cuando dos cónyuges con suficientes años de vuelo, adivinan y anhelan, sin necesidad siquiera de palabras, lo que la persona amada desea llevar a término!

Lo ha expuesto, también con un claro deje de certera lírica, San Josemaría Escrivá de Balaguer: «Amar es... no albergar más que un solo pensamiento, vivir para la persona amada, no pertenecerse, estar sometido venturosa y libremente, con el alma y el corazón, a una voluntad ajena... y a la vez propia».

(Ajena y a la vez propia porque la identificación entre los seres queridos, que constituye en cierto modo la esencia terminal del amor, hace que realmente no distingan lo que les incumbe a ellos y lo que corresponde al amado.)

2.3. La absoluta prioridad del otro

①. Nos vamos acercando al final de este capítulo.

Hemos ya comprobado que, desde el punto de vista de su naturaleza más íntima, toda persona está llamada a *entregarse*, hasta el extremo de que, si no lo hace, se frustra en su propio ser y se hunde en la desdicha.

Toda persona está llamada a *entregarse*

Pero todavía cabría preguntar: en concreto, en la realidad del matrimonio, por ejemplo, ¿cuáles han de ser los motivos de la propia ofrenda?

Y aquí, la famosa media naranja del mito platónico no nos ha ayudado mucho. Porque es verdad que el hombre y la mujer son en cierto modo complementarios y que el deseo de unirse a la persona que lo perfecciona (y *porque* lo perfecciona) constituye uno de los impulsos para desear esa donación. Es cierto, y esa complementariedad se engloba entre los ingredientes del amor. Pero no es ni su causa más alta —aunque sí, a menudo, su detonante— ni lo que lo hace formalmente humano.

Por el contrario, lo que especifica el verdadero amor personal es la búsqueda y la entrega al otro *en cuanto otro*: lo que podríamos calificar como *primacía radical del tú*.

Según explica Carlo Caffarra, resumiendo en buena medida lo visto hasta el momento, «la persona que pretende amar con autenticidad no es aquella que busca al ser amado "porque es útil que existas para mí", "porque me procura placer disponer de ti para mí", o "porque me es necesario que existas para satisfacer mis carencias". Se dispone al amor de verdad quien afirma de la persona amada "qué bueno que existas en ti y por ti misma y me entrego a ayudarte a llevar a la plenitud lo mejor de ti misma": porque su entendimiento ha percibido profundamente el valor intrínseco del otro y su voluntad le abre a darse al otro en la tarea de perfeccionar la realización de su bien o valor intrínseco».

2. En contra de una opinión bastante generalizada hoy día y de lo que también se haya dicho en otros tiempos, el amor genuino no tiene como punto discriminador de referencia al yo: como mostrara Cardona, perseguir el propio bien, auto-realizarse, más que bondad manifiesta, por así decir, que uno es «listo»... o «listillo»; y andar en pos del mal propio no es característico del malo, sino más bien del «tonto». Por el contrario, el amor verdadero revierte de forma inesquivable en perfección del tú, de los otros.

(Más adelante trataremos con detenimiento el tan traído y llevado asunto de la propia realización, distinguiendo entre lo que en él hay de certero y lo que puede arruinar toda una vida).

Esta convicción nuestra la confirma Juan Bautista Torelló, tras muchos años de práctica como psiquiatra en la Europa central:

«la madurez afectiva depende de la capacidad de amar, y es el egocentrismo lo que incapacita para el amor, sea el amor humano o el amor divino. Para madurar es necesario salir del vivir para mí —egótico— y alcanzar un vivir para ti».

También la enuncia con pulcritud, y un cierto estro cordial, Charles Moeller:

«En el amor auténtico hay salida de sí hacia un país nuevo que Dios nos mostrará, que nos hará verdaderamente forasteros, que se apoderará de nosotros por completo y nos lanzará a esa gran aventura que consiste en hacer que el ser al que amamos sea verdaderamente él mismo, preservado en lo que es, es decir, distinto de nosotros, o sea incommunicable. Ante este ser no podemos hacer más que estar a su servicio, desaparecer nosotros, y decir: “no yo: tú”, con las palabras de Dumitriu en su novela *Incógnito*».

Y la expone, con la arriesgada imprecisión del arrebatado, Pepita Jiménez, en la inmortal producción de Juan Valera, dirigiéndose a don Luis Vargas:

«Si el amor es lo que usted dice, si es morir en sí para vivir en el amado, verdadero y legítimo amor es el mío, porque he muerto en mí y solo vivo en usted y para usted».

3. FECUNDIDAD... DE POR VIDA

1. Todo lo visto hasta el momento podría compendiarse en dos ideas, que ilustraré con otras tantas citas.

- La primera:

Que el amor, todo amor, cada uno a su modo, es siempre fecundo: origina realidad, perfección, desarrollo, plenitud.

Y de ahí la definición platónica, recordada por Ortega:

Amor es afán de engendrar en la belleza, *tíktein en tò kaló* —decía Platón. Engendrar, creación de futuro. Belleza, vida óptima. El amor implica una íntima adhesión a cierto tipo de vida humana que nos parece el mejor y que hallamos preformado, insinuado en otro ser.

Por eso el amor constituye el motor y la clave de toda educación en y fuera de la familia.

- La segunda: Que esa fecundidad se alcanza, siempre, a través de la propia *entrega y disponibilidad*.

En este sentido, la afirmación de Philine se muestra de nuevo eficazísima: «no sabrás todo lo que valgo hasta que no pueda ser, junto a ti», ¡gracias a ti!, «todo lo que soy».

②. Los educadores de profesión, los amigos, los padres, los enamorados... deberían reflexionar sobre esta idea, tal vez con ayuda de San Agustín: «*Dilige, et quod vis fac...*: ama, y haz lo que quieras; si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Como esté dentro de ti la raíz del amor, ninguna otra cosa sino el bien podrá salir de tal raíz». De lo que se trata, pues, en todos los casos no es solo, ni fundamentalmente, de «hacer», como sugiere de continuo el activismo contemporáneo, sino antes y sobre todo, de amar, aun sabiendo:

- que, como a menudo repito con frase de Benavente, «el amor tiene que ir a la escuela»; en nuestro caso, no solo no dispensa, sino que exige la mayor pericia que, en cada circunstancia —en la familia, en el trabajo...—, pueda uno lograr;
- que, por tanto, sin obras, entre otras las de la inteligencia que inquiere y al fin comprende, tal cariño no es completo.

Se evitarían así muchas fricciones internas, frutos de falsas alternativas: como la de trabajar desmesuradamente fuera del hogar, empeñarse en «hacer» en el ámbito social, con los amigos o conocidos... o dedicar una atención preferente al otro cónyuge y a los hijos: cuando todas esas acciones son fruto del amor, la presunta incompatibilidad entre unas y otras desaparece, no solo en la teoría, sino también —acaso aderezada con una dosis de picardía e ingenio— en la práctica.

(Esta idea puede ilustrarse con unas palabras de Francisco Gómez Antón, Catedrático con muchos años de experiencia universitaria. Cuando le preguntaron por el «secreto» de su triunfo en las aulas, contestó: «Para dar una buena clase hay que hacer muchas cosas. La primera de ellas, querer mucho a los alumnos».)

③. Por último, sería oportuno recordar que el perfeccionamiento logrado en virtud del propio amor no es cosa de un instante, ni tan siquiera de años, sino tarea de toda una vida.

De ahí, entre otros motivos, la función inigualable de la familia. Porque, como recuerda Mazzini,

... la familia posee en sí misma un precioso don, muy raro fuera de ella: la persistencia. Los afectos se entretejen lentamente, inadvertidos; pero, tenaces y duraderos, se os entrelazan día a día, como la hiedra en torno al árbol; se identifican en fin, muy a menudo, con vuestra propia vida. Con frecuencia ni siquiera los discernís, ya que forman parte de

vosotros mismos; pero cuando los perdéis, sentís como si os faltase un no sé qué de íntimo, de necesario para poder vivir.

Y, en efecto, por referirme a un solo caso, la actitud de un anciano o una anciana ante el lecho de muerte de su cónyuge, el beso encendido con que lo despide embelesado, puede constituir una ayuda definitiva (o su ausencia, una rémora) para el tránsito de este mundo hasta la vida eterna.

Hay, por tanto, que armarse de paciencia y, lo que es mucho más difícil en estos tiempos, según comentaba con un punto de ironía Carlos Cardona, olvidarse de la velocidad.

Escribe de nuevo Thibon:

Considere una cosa: cuanto más elevado está un acto en la jerarquía de valores, menos interés tiene que se haga rápidamente. [...] Que un enamorado acuda deprisa a una cita es algo excelente. Sin embargo, si, apenas llegado a los pies de su amada, comienza a inquietarse por la hora, la plenitud del intercambio está muy comprometida. "El amor y la precipitación forman mala pareja", decía Milosz. Todo lo que, en el tiempo, se aproxima a lo eterno exige largos plazos de maduración y espera.

AYUDA PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

- En este tema aparece en tres ocasiones el término «corazón». Se trata de un término muy usado en teología y menos en filosofía (excepto en el personalismo), pero que encierra un profundo contenido antropológico y es especialmente relevante al tratar del amor. ¿A qué nos referimos cuando hablamos del *corazón* de una persona? ¿Puede considerarse sinónimo de «voluntad» o es algo más (o menos)? Y, en concreto, ¿por qué alude el primer capítulo al «*corazón* de quien se estima»? ¿Qué se pretende destacar con ello?

- Según veíamos, la entrega otorga al amor «el sello de la autenticidad». ¿Quiere esto decir que un amor que no culmine en entrega no es auténtico? ¿Puede haber amor sin entrega? Razona tu respuesta.

- Solo al prodigarse, al olvidarse de sí, alcanza la persona la propia plenitud. ¿Podrías explicar con tus propias palabras cómo se entiende esta paradoja? El hombre es un ser-para-el-amor: ¿cuáles son las implicaciones de esta inclinación constitutiva?

- Te invito a que, a la luz de lo dicho en los temas de este bloque, reflexiones sobre las siguientes dos aseveraciones, por ser las que, en última instancia, explican la diferencia entre el animal y el hombre en lo que respecta al amor.

+ El motivo por el que el varón y la mujer tienden naturalmente a entregarse es su enorme *densidad ontológica*.

+ El animal, a causa de su indigencia, busca en exclusiva su propia perfección... para de hecho *ser sometido sin reservas a su especie*.

- De acuerdo con lo expuesto, el amor constituye el motor y la clave de toda educación en y fuera de la familia. Si estás de acuerdo con ello, ¿sabrías explicar en qué sentido lo es? ¿Qué ejemplos se te ocurren?